

arca



**PUERTAS
ADENTRO**
Alfonso Alcalde

ALFONSO
ALCALÍ **NL**

ALCA/Montevideo

PUERTAS
ADENTRO

281181

**ALFONSO
ALCALDE**

ARCA/Montevideo

**PUERTAS
ADENTRO**

181185

ALFONSO
ALCALDE

CA/Montevideo

Carátula: Jorge Carrozzino
© ARCA Editorial S. R. L.
Colonia 1263 / Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

La historia es una mala persona que no
puede de profanar el sagrado círculo del
tribunal cuando en complicidad con el
arbitrio del de la ley se levanta que le ha
ido dado el "sí" (como
que fuera para regir
Corno de la Cruz para cumplir con
fuerza en una casa de por la vida de la
justicia y de la Propia conciencia.

A Alicia Edwards

La historia es una mala pécora que después de profanar el sagrado vínculo matrimonial acuerda en complicidad con su amante dar de baja al hombre que le había dado el "sí" frente al altar y como si esto fuera poco regala sus hijos que son Carne de su Carne para emplearse como fámula en una casa de pro huyendo de la justicia y de su Propia conciencia.

MORALINA

HENOS aquí frente a una obra que de contar con el favor de nuestros ávidos lectores, sin duda seguirá la línea de otras entregas que compensaron con Creces nuestro afán de mostrar la vida tal cual es aunque duele a unos pocos y alegre a muchos.

Se nos dirá que mostramos tanto a los hombres y mujeres como en una vitrina para luego ensañarnos con ellos como si desconociéramos la Urbanidad, el buen tacto, la educación que en última instancia es el verdadero Capital de la vida.

Debemos confrontar la realidad, y si el Hombre es una Fiera y se saca la máscara que lo adorna para mostrar sus Bajos Instintos y viles pasiones, ¿qué podemos hacer nosotros sino dejar constancia de estas actitudes poco Edificantes? ¡Somos inocentes, Usía! le diríamos con la frente en alto al Juez de turno en caso que nos llevaran a los Tribunales. Mucha gente de boato y Alcurnia, inventa la moral, pretende que las leyes y hasta la Religión protejan sus Herejías, pero esa complicidad no la conseguirán de nosotros a ningún precio. Tenemos nuestra Honra y un compromiso solemne con los lectores que semana a semana nos confirman su apoyo que sabemos valorar en todo su valor Intrínseco.

Por último, no estamos solos. Aunque se nos calumnie con los peores epítetos y se pretenda manchar nuestra Honra comercial, queremos solemnizar el compromiso contraído con ustedes sin escatimar esfuerzos mostrando estos retazos de la vida que son como el espejo

donde nos miramos tal cual somos. Si bien es cierto que la Fuga de nuestro Contador y Tesorero con la Secretaria estuvo a punto de suspender esta publicación periódica que tiene el orgullo de estar al servicio de la Patria y la Cultura, hemos recogido nuestras cenizas y cual Ave Fénix contratamos otra secretaria (no tan joven) comprando esta vez una caja fuerte reforzada. Perdonésenos estas confidencias pero sabemos que ustedes, que gustan estar al lado de los sentimientos más nobles, nos seguirán dando su respaldo con nuevas suscripciones.

Que no se vea en este bello gesto un alarde torcido que pretenda amasar fortuna; no. Que el vil metal corrompe es un hecho comprobado. Por eso, nosotros ofrecemos a ustedes, estos frutos de la Imaginación y del Espíritu para que en el Bello Jardín de las Ideas, se esparza como un perfume el Ideal del Bien que siempre triunfa sobre el Mal. Que vuestras lágrimas que se derramen al leer este folletín, rieguen las rosas de Vuestra Emoción embelesada tan al margen de las Ambiciones Personales, el Desacato y la Imprudencia.

Tarde o temprano la tierra se convertirá en un Edén y al son de flautas y Arpas caminaremos en pos de la Eternidad donde esperamos estar en condiciones de ofrecer toda la colección de nuestros folletines, al cómodo precio de diez pesos la entrega con un descuento hasta de un 45 % de acuerdo con el volumen de cada compra. También créditos a sola firma.

Los Editores.

*Auristela, la fámula, llega a la casa con el
Diablo en el Cuerpo y expiará sus Culpas
mientras los Recuerdos de su pasado Impío
la torturan sin cesar, Día y Noche.*

Cuando tocó el timbre y luego quedaría silbando su repercusión torcida, en el fondo del departamento, ya estaba todo terminado dejando afuera su libertad, el aire de dominio que la circundaba, apenas esos árboles que había visto por última vez, el resorte mínimo de las hojas antes de la despedida llevando su maleta, el breve ataúd de fibra con sus recuerdos, las prendas íntimas, los recortes policiales y el cepillo.

Miró como era su deber —apresurada por la memoria —la cerradura, el ojo que todavía no se estaba moviendo y de color ocre sostenido, la redonda herida, el muro que siempre había estado dividiendo sus dos libertades, la frontera que la habilitaba para ser y sentirse del otro lado del mundo, de los sonidos y la oscuridad y de algún tipo de restricciones como el atisbo de alguna nube, el ángulo preciso de su fulgor repetido. Y luego cuando sobrevino el juego de las pequeñas cadenas de seguridad, los picaportes agrios y chirriosos, antes que se produjera la apertura de la primera comunicación para ver ese rostro perfilado de la dueña de casa —su tajada— el fragmento de un solo ojo largo, el mentón oblicuo, la frente como un cubo y una hilera corrida, compacta de dientes y la voz tropezando con la abertura y el resto del pasillo. Una voz entonces astillada por el desgano y la sorpresa incompleta. Como diciendo: “¡Ah era usted. Efectivamente!” Y la mirada contra la maleta de fibra cambiando de matiz en la antesala, el rostro sucumbido por el dolor y la fatiga, casi sin palabras, un cuadro de tristeza y melancolía de la empleada doméstica, la cocinera, el ama de llaves, ese desplante (pensaría ella) para estar detenida con los

pies abiertos como las reclusas en el reformatorio, el aire completo de indiferencia: no mirar el jarrón verde con oro carcomido, el sofá inflado para la comodidad y el uso del cansancio, la alfombra recamada, en general la luz girando en torno al fierro y la madera de todas las habitaciones que le servirían de prisión. Entonces las dos mujeres se miraron para odiarse mutuamente, antes de que la mucama empezara a transitar por el corredor y sólo inspeccionara el colgajo de las lámparas, la fruición de otras alfombras, el detenido sopor de los espejos, las sillas postradas en su indiferencia de años, amoldadas hasta en el vacío por el uso servicial. En fin, el escritorio del caballero, la hilera de cuero de los libros, la atmósfera saludable de lo que queda más allá de los vidrios, las pipas activas, sin herrumbre, un cortapapeles, el retrato ridículo, familiar, del abuelo, ovalado, y con traje de domingo benedicto, con su bigote avanzando en dirección del lente del fotógrafo, mirándose los dos con tanta sorna, la poltrona final de la felicidad humana semi curva como una canoa con las horas empozadas en sus resortes, por debajo, y el escritorio, la tarima, el hueco para dejar los pensamientos, la idea que raspa los muros de la casa como un ratón ciego buscando la salvación, el hueco preciso, las cortinas que después dividían el escenario de la dicha doméstica, colgando con un suave deleite de melancolía, grises, con esos pliegues de la gran dignidad de los cuadros del siglo 16, blondas, con puntas inesperadas y caídas y frondosas, catedrales como palos secos, muselinas, terciopelos negros y lustrosos. Una quietud magnífica de las seis de la tarde cuando llegó por último al recodo y al cuartucho que le serviría de dormitorio, el somier pelado, con las resistencias gastadas por los otros sueños y sufrimientos, casi con la imagen invisible de los seres que ahí dejaron su posibilidad de huir en medio de la grasa más escurridiza, el olor a cebolla inundando la pesadilla de pasar con un cuchillo cortando flores y caballos, cabezas sin ojos, pilotos sueltos, cera perfumada por las rodillas que caminaron tantas veces hasta el

borde del abismo y después de caer toda la noche, desnuda casi siempre, caer, caer, caer y caer en una olla de ajos y éstos se destripaban, como ojos saltando las miradas, los golpes de la señora pidiéndole que dejara de gritar porque el menor de los niños estaba llorando de miedo.

Alcanzó a cerrar la puerta; apenas tenía espacio para hacerlo dejando la maleta encima de la cama, estaba sollozando sin música de fondo, y sin dolor ni arrepentimiento, esa necesidad de confirmar que cuanto tenía por delante era tan fatídico como se lo había imaginado, ese olor extraño que ya estaba recibiendo, particular y ajeno, el peso de la nueva casa llevada en los hombros, sin salvación.

Pensó que después de todo estaba libre y la primera noche, antes de dormir, apagó ella misma la luz y nadie le pasó lista, ni la obligó que repitiera su nombre, el número 13874 y nadie la miró a través de un pequeño rectángulo, comprobando que estaba estirada en su payasa, con sábanas frescas y en el interior de su maleta un diario de la tarde, algunos pañuelos y el revólver.

Siguió el juego de la leche subiéndose, la espuma casi al desbordarse, el primer ajeteo de la mañana cuando se puso la cofia con la insignia del contratante y el delantal de trabajo, peinada tensa y tacos medianos, intrusa, ocupando todo el volumen de las habitaciones antes que se desinflara con los primeros saludos: Don Arturo detrás del diario, el nuevo asalto al Vietcong, para saludarla con un gruñido, el primero; y la foto enviada por el teletipo con la Miss 90-20-90 casi partida al medio (por un error de la recepción) y los dos hijos, el que lloró con su pesadilla y el siguiente de 15 años. Saluden. Saludaron. Sentarse. Se sentaron. Uno preguntó: ¿Cómo se llama? Nadie sabía. La fórmula no dijo nada sosteniendo la bandeja. Después, al escucharse la sonrisa escondida del dueño de casa botando un bocado de café con leche, esperó sentir su mirada en las piernas por encima de la sección bursátil. Las tenía firmes y gordas, sin várices como si hubiera hecho deportes

en la juventud y entonces se pasaron la sal y el azúcar y la mantequilla, el queso, los panes livianos, las mermeladas escarlatas y la señora dijo que iba a descansar después de meses (sus palabras chocaron con la sección hípica) y él por encima le dijo que se alegraba bastante, que la sequía tomaba los aspectos de tragedia con cargo al 2 por ciento constitucional y la conversación se fue enredando, como era costumbre, cada cual por su cauce en distintas ondas y desatada sin sentido, el fútbol, la política, los calzoncillos sin elástico, la ola de rumores, el asalto de un chofer de taxi, mañana los repuestos, las migas que ella fue recogiendo al final, el plato con nata, el cuchillo punteado por la mantequilla, la mermelada orillando la sobra de un pan, el concho amargo del café, ese desierto de la mesa redonda cuando los comensales se han ido y después queda algo roto y simple.

Entró a su dormitorio para abrir la ventana que nunca tuvo los 8 años que permaneció en la cárcel cuando el oído se alarga lo suficiente como para descifrar un movimiento llevado hasta los últimos extremos y dibuja el sopor, la posibilidad de ir inventando toda la escena, tal vez una pareja apretujada contra la pared, calculando en qué parte ella resistiría entonces la embestida, las palabras solemnes, luego otros ímpetus, todo en parcialidades, hasta que el sonido disminuía su intensidad y colorido y luego el silencio, cortando los ojos. Pero ahora el sol entraba con listones gruesos en el racimo de sus sábanas sin mancha, unas colillas negras —amarillas-chocolate—, la novela policial y los pijamas vacíos, mutilados.

Circuló sin curiosidad, mirando el destello, contra el sol del vaso de agua, mientras los olores se estaban vaciando como si la pureza entrara sólo por parcialidad, sin ráfagas. Es como una pequeña catástrofe, cada dormitorio, como si alguien tuviera que pedir la ayuda estatal para solucionar el conflicto, la sospecha de la felicidad humana en la cama de dos plazas completa y la disponibilidad para servir, armar el desorden, el uso de los artificios y artefactos del sueño, el instrumental del

sueño, las herramientas que utiliza la pareja para clavar y crucificarse y liberarse al unísono, todo eso lanzado al vacío en esta mañana de otoño, en que la fórmula iba de un lado para otro —sola en la casa— distribuyendo el vacío, la soledad, el artificio de mover jarrones, licuadoras, saltar, atender el teléfono: “No, si, no”, antes que terminara el círculo en que se seguiría moviendo por todos los siglos irremediablemente. Sólo el golpe de las verduras cayendo en la olla para tener una sensación más vital, el alimento, la fortaleza, la acción promovida de los caldos y jugos, el armazón de los secretos y delicias para el paladar, cortando papas como una manera de correr igual que esa noche cuando se escuchó el estampido y hubo un cuerpo cayendo, agonizando, un hilo sacando la sangre de ese cadáver que era su marido y se vació mientras ella lo miraba y los dos sostuvieron ese diálogo final lleno de venganzas como si por la herida, se le fueran los coágulos tremendos de cuanto guardó en la memoria, la porfía del amor, los muslos que destrenzó, las bocanadas de horror cuando la amaba y asaltaba desde la cruz hasta la sepultura hasta que la sangre comenzó a engrosar la suela de sus zapatos sin que le preocupara mucho sino cómo subía el nivel y el resuello era más breve y las palabras más costosas aunque justas, como las de todo moribundo que rectificaba sus errores, y luego le echó un poco de agua a la olla de presión tapándola con fuerza.

Es una locura, dijo la señora tener que trabajar fuera, una entra y sale, usted verá, como si fuera visita, tragar y volver, dijo, pero usted sabe y pidió que se saltara el plato principal y entre el humo de la sopa cuando eran otros tiempos y le contó el primer rollo de la película, como el disco número 3 de la colección de fábulas, él tenía otra mujer y no estaban los tiempos para dos casas, con decirle que fue empleada mía, no su mismo cargo, pero casi; gorda y grosera, sin humanidades, ociosa y floja, limpia si, daba lástima, pero se lo fue engatuzando y la acción se cortó con el teléfono. Si, no, voy saliendo y entrando, usted que está recién llegada

¿voy o vengo? Luego repitió la respuesta por el fono y se puso a fumar antes de tomar el cafecito. Y se miró al espejo, delante de la fámula al segundo día, torciendo los labios para que la pintura se escurriera un poco y ella vio las arrugas y la forma cómo corrían por su rostro los 37 años, los ojos derivados por los conos de las ojeras, los listones de la vejez, cuando lleguen los niños les da postre y le dice que hagan las tareas, ende-rezándose las medias como si fueran demasiado delgadas y algo estaba sobrando cuando corrió piso abajo.

Las empleadas duran una eternidad en esta casa, dijo ella con sorna en medio del cuadro familiar de la noche iluminándose con el rostro presidencial televisado en su discurso anunciando la nueva moralidad administrativa, cambiada de súbito por el western, y parecía que en la cara le fuera a estallar cada estampido, un pequeño fuego sucesivo. La señora buscó el rincón de costumbre, un ángulo menor de la esquina con el tejido, con el tejido, con el tejido y entonces recorría, como era su costumbre un año, determinado, sacándolo del olvido llegando en muchos momentos a hablar en voz alta — ¡Kchissst!— y el nuevo balazo del western y todo se recogía como un limón en la escurridiza memoria hasta que de nuevo algún atisbo, de dolor-amor, salía a otear el horizonte, el polvoriento galope del western — luego se extendía, gradualmente, ella pierna sobre pierna, sintiendo el rumor del placer ido, la confusa determinación de engañar a su marido, tejiendo, aquella tarde, cuando cruzó el umbral y al sonar el disparo hubo un grito reuniéndose con los gritos de esa hora y el marido de la fámula también metido en la pantalla cuando se tocó la herida, antes de ponerse de rodillas como en la fotonovela.

Lo tenía proyectado, y ella sirvió un doble café dejándolo en la mesa y por falta de experiencia manchó la pantalla, y luego fue la circunstancia que coincidió con su deseo, de modo que la llegada del amante no pasó ni siquiera por el período de la sorpresa. Fue como vaciar un modelo de yeso sobre otro de metal, sin

que se perdiera nada: las dos dimensiones coincidentes, aunque después resultó que tenía un nombre y hablaba el disco número 8 de la felicidad humana, con las combinación que eriza la piel cuando la estaba embarazando y perdió la cuenta de los puntos y él dijo que el tabaco de la pipa estaba seco y que alguien —la fámula— debía ponerle algunas cáscaras de manzana para refrescarlo. Porque si él la asaltaba, dominándola, era como descubrir la vulgaridad del paraíso, el enredo de las prendas, los besos satánicos que le quebraban la espalda, el descubrimiento de tener un cuerpo que podía ser útil, chocar, crujir, enlucir, perforar, lustrar otro cuerpo con el chorro de las transpiraciones que hacen saltar el agua sobre la sábana, y se untan las manos con esa delicia que sobra de los choques, de las confrontaciones, de las ilusiones y los desgastes de la desesperación, cuando le parecía subir y apuró el palillo mirando la doble puerta del bar del western y antes que apareciera la humareda de los borrachos alcanzó a ver cómo la fámula, se arrodillaba ante su marido, porque quería escuchar la última confesión en medio de la sangre; era viejo y celoso, estaba acabado, ¡y pensar que ahora si apenas le quedaban tal vez sólo unas gotas, el folletín completo del melodrama, aún había olor a pólvora en el ambiente y el asesino miraba erecto, detrás de la puerta, para lanzarse sobre la fámula tan pronto como el marido asesinado dejara de gotear! Aún le faltaba esa delicia del pensamiento para que la escena tuviera un contenido y una justificación los desacuerdos de la conciencia, la superación de los instintos, el ordenamiento de la pasión ciega, etc., mejor dicho el esquema que ilustrara la acción con sus leyes elementales para que no pareciera opereta, y cuatro tiros silbantes casi rozaron la cabeza de los telespectadores, un crimen pasional como quien dice, titulado *“La pérfida lo hizo humear para quedarse con todo el oro”*. Amante prófugo a ocho col. en azul y rojo del 72 Tempo Bold Italic dando los escabrosos detalles del hecho, la premeditación y alevosía cuando uno encima del otro se pusie-

ron a tramar el momento en qué él llamó a la ventana y le dispararon a boca de jarro y la palabra "continúa" apareció en la pantalla y todos bostezaron y uno de los niños estaba durmiendo.

(sigue)

Auristela comienza a interiorizarse de la forma de Ser de la familia que ha contratado sus Servicios y va conociendo los personajes a quienes tiene que Servir mientras su Conciencia no la deja en Paz.

El vapor de una olla, las nubes de una olla, el borbotón de una olla como una estación de ferrocarril chica, ella con su maleta, siempre esa casa auestas, cuando llegó donde la madama melosa que la estaba esperando y la hizo pasar directo al dormitorio, sin darle tiempo siquiera para explicar que se venía a emplear de fámula y no de prostituta y después entró ese viejo increíble con sobretodo y el perro y condimentó las espinacas, los recuerdos cuando se pica cebolla y las lágrimas y llegaron los "tiras" al día siguiente a buscarla y a golpearla, no había huellas sino ese hombre vacío que fue su marido y con quien terminó durmiendo aquella noche, de pura alegría cuando se cortó el chorro, como cuando se apaga la luz y la engrillaron recuerda a la vista de los campesinos y ella estaba contenta como que fue sonriendo la foto que le tomaron para los diarios en primera plana y dejó un resto de comida en el tarro de la basura, junto con algunos recuerdos, los desperdicios de la fruta y de los valores humanos, las pepas de tomates agrias, ese abrazo cruel del viejo con el perro olfateándola y raspó la grasa y el plato con el cuchillo y las sobras frías y coaguladas porque la sangre demora en ponerse dura, recordaría siempre, y cuando todo queda vengándose siente un peso menos era cierto, mirándole la cara de paño que tiene ahora, incapaz de seguirle pegando y montando como diez años seguidos, metida en ese círculo de cambiarla, de pulverizarla, pero siempre como si fuera de acero, podía desabollarse, y tragarse los golpes y convertirlos en hijos hasta que llegó el viejo a la pieza con el can y se puso

a batir la yema y la clara por separado, dos pequeñas montañas níveas y de oro escuchando el programa "Señora, le ayudamos a poner la mesa" sintonizando el gorgoteo de la felicidad con tal de sonreír después de lustrarse los dientes. Tapó el tarro de la basura y contestó el teléfono: "Si, no", anotando una dirección, un número muerto, claro, si y no. Entonces la dueña de casa llegó husmeando el sabor de la carne a la una de la tarde, y no se estudiaron como en otras oportunidades y ya tampoco se miraron ni se escucharon al hablarse de cosas contrarias, sólo las órdenes se destacaban con un subrayado especial, como la toma de conciencia de un ser por otro, comprado por el que tiene más dinero después de mirarle los grandes dientes sanos.

Seguía escuchando las órdenes —con un oído para que le saliera por el otro— con el tono abrumador y pertinaz que ha mandado fámulas toda la vida y deja de pedir "por favor" las cosas y pone entre algunas pausas un énfasis para humillar como si se tratara de una delicia entorpecer el día y descargar de paso la frustración nocturna, el western, los nuevos infinitos balazos y los muertos, el bostezo y todavía para el insomnio policial, el cuerpo suelto de espaldas roncando, una masa que dirige el hogar, el destino de cada uno, con el cerebro en reposo, con los nervios sueltos como un pequeño monumento derramado en nombre del sacrificio supremo, de la honestidad de vivir para los otros, de sacarse el pan de la boca, poco menos. Inútil tocar la grasa fría, esa torpeza para desaparecer en la página cuarenta y cinco cuando el asesino descamina la escalerilla y en el colmo de la inteligencia puesta en tensión, actúa, dudando, y mira a cada uno de los presentes elaborando las palabras claves, la pista, que salvan el honor del ingenio.

Auristela, pidió el caballero enumerando sus deseos, el domingo a plazo fijo, apenas mirándola cuando le dijo que le preparara el baño y las sales y los niños corrían por el dormitorio con las historietas. En la mano

armando el día, los familiares, la posibilidad de salir, cargar el pequeño auto como exactamente en los últimos cinco años, para no vegetar, tal vez tomar otro camino, el que se bifurca, y él dominó siempre y cuando se completara la pata, el consumo de los mismos chistes cuando la mujer gorda y el marido chiquito, le saltaban las lágrimas con la grosería confortable y grasosa y ella estaba sola, dentro del hogar escuchándose, verificada por el silencio absoluto. Tal vez el grito de goooooooooool de Vicho Retamal, el estúpido forcejeo de las palabras para decir que la patada fue fatal para el contrario, la filosofía más consecuente para explicar el devenir de la victoria, el favoritismo de la ley 4-3-4, la inercia multiplicada que bloquea el gol y en la entrevista, cambió el dial casi en forma automática —tenía olor a ajo en las uñas— la señora explicaba que el presupuesto era escaso para la Gota de Leche y se podían regalar algunas guaguaitas al mejor postor o al impostor, no se escuchó claro y cuando las autoridades, usted sabe todo depende de ellas, es natural en un país tan sub, porque en Europa, es distinto, con el tono 9 del decibelímetro cuando se pasa de la mitad y hablan las viejas gangosas mejor un pata pata; ella recién comprendió que el viejo y el can habían pagado por eso, el anciano sin siquiera sacarse el abrigo, tiritando de miedo y de frío, mirándose en los ojos del victimario cuando le mostró la piltrafa, azul era, azulina y algo de serrucho tenía en los dientes, en la frialdad de las manos de cuero y las carcajadas que enrababan al perro moviendo la cola, soplando por último con el plumero el polvo de sólo unas horas en el “living”, el vacío más absoluto desplegado en la casa muerta, en que se escuchaba al fondo, todavía, el segundo tiempo de la Católica con Magallanes, el dribleo sensacional, el escabullirse estruendoso, moviendo las patas y entonces la golpearon toda la tarde, después de romperle la blusa y otra vez en la vida quedó con los senos al aire y llegaron a escupir los deseos los “tiras” con los dientes torcidos y los ojos sin paradero, los bloques estirando los brazos acercándose hasta que le tomaron el pezón como

si fuera una oreja y ella crujía pero sin confesar aún que era inocente y llegó el niño mayor después de la matiné pidiendo algo caliente para poner la serie. No se hablaban, en primer lugar porque era innecesario y luego cuando tomó por asalto la poltrona justo cuando la imagen del canal se estaba retorciendo como si fuera de goma por un error del transformador hasta que después cada rostro volvió a su sitio y cada asesino a su caballo de verdad. Se siente el peso de cada ser humano en la casa, aunque hablen por él los balazos, el consumo del aire, la tranquilidad de comerse un "sandwich" opacado por el trote del sheriff y los pistolones colgando debajo de la cintura en el colmo de la desatención en serie. Entrando y saliendo de la pantalla, los fragmentos se atan como los recuerdos, el galope cae en el vacío, luego una bofetada del cuadro anterior se recibe en pleno rostro, y los argumentos y sobre todo las palabras sin paradero ni destino, como en la conversación de la señora con el caballero, cuando se cruzan los insultos y revienta el cow-boy siete días sitiado en el norte, cuando ya todo pasa de largo y resbala, y tampoco importa que Auristela esté en el medio, al contrario, podría motivar alguna forma nueva de herir, de lanzar el odio, el trasvasijamiento de la frustración, la impotencia, la falta de montaje por ambas partes de la ignorancia para manejar la lengua y no como el otro: el destino misterioso de la plata, de los horarios que no se cumplen a satisfacción del cliente, de la honrosa historia de la mujer del superior que anda en auto cuando gana menos y luego, otra vez, el hilo rojo, el sartén frito con la palabra "imbécil", y se corta la película en lo mejor de la acción y uno grita "¡cojo, cojo!", pero los dos protagonistas rebaten el repertorio, el error de haberse casado, lavado, lustrado, ensuciado, y traiga otro café, y se produce otro silencio para mirar cuando entra uno le dice ¡cuidado! y es capaz de mirarlo a usted fuera de la pantalla donde te recogí y el sacrificio y recuerda y recuerda, otros punzazos para el olvido, rescatar con una larga caña y un anzuelo en la punta

el benéfico historial de una hora en nombre de la solidaridad humana y ya están los dos rostros con las venas marcadas, con la sangre completa en la cara y Auristela recogiendo las migas sin fin, sin ver tampoco nada, sólo las palabras sentadas en sillas opuestas, la colección de unos 2.487 insultos que siguen dando vueltas alrededor del mundo a la hora de la desarmonía, en el esplendor más puro de la sociedad de consumo cuando tú me robaste, cuando tú me quitaste, cuando, cambien de canal por favor, el que sigue desata el último cargamento de verbos y nadie escuchará después nada sino el tic tac y el volumen de la pantalla cuando ella canta ahora, es una actriz de renombre por el escote, por lo que dijo el locutor al presentarla luciendo esa flor tan perfecta mirando fijamente los televidentes oblicuos.

Es en la noche, Auristela, cuando ninguna cama se mueve en la casa, la señora está también despierta, vaticina otros conflictos que le enredarán el pensamiento, alambres de una mercería después de un incendio, días que no calzan, fechas desentradadas, fulgores dolorosos del placer, malos encumbramientos de la dicha, de la posibilidad de abrir el cuerpo y soltarlo a caballo de otro ser en una tarde estival, pero es temerosa y no conecta el peligro, tiene miedo de salir otra vez peor que antes cuando en la última película, también se le dormía el galán a pierna suelta, por lo menos proporcionar esa felicidad cuando ella estaba aún mojada en el medio del ser, un buen avance cuando mañana despierte dando gritos, haciendo chirrear los muebles, los niños miran querida, es decir, el mayorcito sabe que no te tocó nada, que no sacaste terminación siquiera con lo gorda que estás, con lo aburrida que eres, con repetir todos los discos en uno sería un buen motivo para entenderte y abre el diario, ojalá tuviera cuatro páginas pegadas para envolverme, la cosa en Da Dag se está poniendo color de hormiga y hoy estamos de balance, si suena el teléfono, no si, puede hacerse un caldo con un cubito recomendó ella al ponerse el calzón y de reojo

se pegó en el espejo y en cuanto a los niños, que se duermen después del western no más allá de las diez de la noche, se los recomiendo Auristela.

(sigue)

Un iluso sale en busca de la Felicidad y en Mano de la que sería su cónyuge entabla tan ruidoso diálogo con los asistentes a la ceremonia que ensordece a los más curiosos.

Se puso a pelar el pescado; lo sintió resbaladizo con la radio en alto, la acción transportaba la pareja principal hacia la India, ella quería olvidar después de todo. Era una santa, oh milagro el auto en que viajaba tumbos, arde un grito: se zafa el jinete, los tripulantes humean, alguien pide agua y los ojos del pez mirando a través del vidrio, con relampagueante movimiento, soltando las escamas como una corta nieve ácida y agria que caía sobre el lavaplatos junto con las vísceras color salmón, barnizadas, y los dedos, los mismos que habían traído al mundo al primer hijo, abriendo las piernas como para que pasara una montaña, bufando, moviéndose hacia atrás y adelante como si estuviera sentada en una mecedora sangrienta hasta que por fin se completó el círculo y en esos tumbos vio aparecer la cabeza, el primer grito, la pequeña mano pidiendo auxilio y refugio como el pescado, abierto al medio, con el mar en alguna parte de sus ojos metálicos todavía nadándole por encima de la piel y debajo de ella, porque Auristela siempre estuvo sola en esos trances, lamiendo su guagua, ese nudo que se desesperaba por tomar una forma, dejar de ser un núcleo, alargarse como una tragedia subiendo el volumen de la comedia radial ya salidos los protagonistas del hospital, ella naturalmente se había prendado del médico de turno, le gustó la idea de que alguien le tomara la mano con delantal blanco en esa atmósfera de quirófano y olor medicinal hasta que dejó el cuchillo por fin tranquilo preparando la cena, el plato de fondo para las visitas de la noche, los enemigos de la familia, los otros gerentes de la empresa del

caballero, los causantes de sus angustias, el mal trato refinado, la postergación al margen de todo cálculo de posibilidades porque él había empezado de abajo, desde *junior* como esas historietas del "Reader" que un muchacho le pone un pedazo de cartón al hoyo de los zapatos, y entonces hizo méritos, usted no se puede imaginar Auristela, no quedaba tiempo para nada hasta que empezaron a reconocer mis cualidades y fui subiendo, usted no se imagina cuantas narices pisé, — ¿quién no hubiera hecho lo mismo?—, postergar por no ser postergado, el incondicional de las 14 horas diarias y con los domingos, inclusive, con decirle que no sabía nada del sol, jamás podía verlo y un peluquero amigo me cortaba el pelo en la casa los días de fiesta o en la noche mientras dormía, usted sabe conquistar la independencia, ya estaba por casarme porque había llegado el momento y la señora, era pobre también, fondo musical, los dos, mire, fue amor a primera vista creo yo, pero los padres no querían porque yo no tenía porvenir (voz aguda de falsete para acción de actor en decadencia), pero ella dijo que se iba a tirar a la línea del tren —después de mí— naturalmente— y entonces se reunió toda la familia, era un sábado, recuerdo no había más remedio que enfrentar la situación, ella esperando, de cuatro meses y los tíos con monóculos que habían trabajado en otras películas de Chéjov, dos copitas de vino blanco antes de poner el pescado al horno, y las tías con blondas, y miriñaque, acartonados con el cuello como si tuvieran la columna apuntalada con yeso y me dejaron al medio antes de ponerme el foco sobre los ojos y empezó la gritería sobre el honor y la moral, otro fondo musical 5 segundos, el escudo de la familia, y recuerde cómo la encontró usted, y entonces la timidez me trabó las mandíbulas como a Goya; sentí un fuerte dolor de estómago, más bien los retorciiones como de una apendicitis estrangulada y por momentos dejé de recibir sangre en la cara y también el aire y el ambiente fue cambiando de color, las tías se perfilaban

como anchoas saladas en un barril planas y se escuchó un pito que era mío, una bocina de chimenea llamando a los obreros a las seis de la mañana o tal vez una sirena de incendio pidiendo auxilio cuando todo el pueblo está en llamas, fíjese usted, no se olvide, viene el jingle y yo sin poder detener el pito mientras las tías comenzaron a mirarse unas a las otras y también a olerse porque tenían la impresión de que la sala de visitas se estaba cambiando de color, bien naranja intenso, bien ocre fulminante y yo sin poder cerrar, se imagina la situación, la llave por culpa de los nervios creo yo. La novia ya estaba convenientemente desmayada, y le traían sales; el vecindario entero corrió a verla, con su cara de virgen santa y la guagua pegándole sus pataditas en el vientre, eran visibles esos llamados, cuando el locutor pasó la nueva tanda y por último la risotada fue general y alguien habló de la posibilidad que me pusieran un corcho y el negro porvenir que le esperaba a la novia si en la vida pública yo era así, como sería en privado más suelto de cuerpo, al final de un día intenso de trabajo, por ejemplo, pero es un hecho que los demás integrantes de la familia, emocionados, siguieron el ejemplo y luego todo el salón se convirtió en un concierto de trombones y cornos, sin hablar del fagot de la suegra que después de pelar el calzón dejó oír sus estremecidos bajos, hondos en la parte alta de la sala, se le notaba versátil en la materia, de modo que nosotros nos colocamos en el lugar destinado en la orquesta a los violines y violas y abajo, el resto de la concurrencia, dele que sopla se llegaban a poner colorados en medio del coloquio, de cuando en cuando deslizándose un compás de trompeta en medio del más delicado de los contrapuntos, las frases construidas con la armonía original del texto interpretando todo el armazón de la sensibilidad para expresar esos estados de ánimo inesperados cuando están en juego la voluntad de sobrevivir, el éxtasis frente a la naturaleza, la quietud de los espíritus que han desafiado a los dioses. De modo que a una hora oportuna, todos nos pusimos de nuevo los respec-

tivos pantalones y ropa interior y la novia quedó pedida oficialmente con el protocolo y sonido que exige la ley.

(sigue)

Donde se comprueba que el Desinterés ya no existe y en cambio sólo vale en este mundo lo que se hace con premeditación y Alevosía bien sea en el campo del Amor como en los Negocios propiamente tales.

El invitado de monóculo dejó en el pasillo la bicicleta de rueda alta y haciendo descender su mujer del manubrio con el rechinar del perfume y los fru fru, la cintura quebrada por la moda y los senos tremolantes casi a la altura de la barbilla como una marquesina.

Desde el fondo de la casa surgieron los anfitriones, entrelazados, caminando al unísono con los cumplidos más ceremoniosos bien doblando las bisagras de la cintura y el cuello en forma particular y el dedo meñique levantado. Las genuflexiones no tenían fin en medio del clamoreo de los agradecimientos y de las mutuas satisfacciones, ¿qué le pongo encima al chalaco ⁽¹⁾ gritó pasando veloz Auristela, revólver al cinto, para hacer más íntima la reunión todos piernas arriba, esperando. La visita miró los muros con prolijidad atareada por la indiferencia, la vulgaridad racional de los cuadros que se compran en la puerta del Banco Chile, el paisaje sureño con crema en la cresta y los álamos con ribetes oro y chancaca de paita. El caballero del tongo —el gerente— maniobró hacia la izquierda para alcanzar algunas aceitunas bastantes lobas que se disparaban contra los ojos de los mirones. Se sirvieron algunos tragos fuertes hasta que la acción tomó más movimiento: Auristela disparando al aire, el dueño de casa ofreciendo queso, la señora tocando el piano y la visitante inflando el busto y luego desinflándolo al interpretar el aria con el coro vecinal “¡Suéltale de una vez la cola al gato!” ¡A tu abuela! salió a desafiar el marido, pistola en mano que le había prestado la fámula mientras

(1) Pescado que se adhiere a las rocas y tiene cara de persona afligida.

trataba de despegar el pescado del fondo de la fuente. ¿Por qué no me dan una manito?, gritó desde la cocina, y las visitas, después de colocarse en fila india, comenzaron el forcejeo, y el chalaco muerto de la risa, firme, adherido a sus ventosas, hasta que de pronto ¡¡plaff!! y quedó un solo enredo de salsa con nuez moscada y pez y calzones y barbas falsas.

Es mejor que entremos la bicicleta dijo el gerente, desconfiado regresando al salón con tal fuerza que se subió a los muros laterales viendo todo el contorno, en especial el piano como si colgara como un nido y su mujer cabeza abajo, con el faldón que le tapaba el rostro, ahogando también el gorgojeo de tal suerte que sus trinos tenían el rumor de la tierra antes del terremoto y ella levantaba los brazos pidiendo auxilio, agotada, pobre Brahms, todo el mundo a la mesa y cada rival se sentó en un rincón, digamos sin "*sparrings*" antes de que sonara la campana. Un hule de regular tamaño bordeaba el cuello de los comensales que tenían ocupadas la mano con el tridente mientras Auristela, muerta de la risa le gritaba al consuegra: —¡No hay comida, el pescado se volatizó, como en "*Hiroshima mon amour*", quedó un puro pebre! Ábrase un tarro, gritó la afectada, pegándole una patada por lo bajo a su marido para que saliera a comprar un pollo Shift y ¿si el gerente me prestara la bicicleta? imploró con ese tono tan familiar, llévesela no más dijo dándole las buenas noches a su señora que se había puesto el pijama. Se aclaró el mal entendido cuando su subalterno tomó el biciclo y dejó a la mujer con el poto pelado, esperando quizás qué aventura de alcoba, mientras llegaba otro engaño, pescada seca para hacer sed, como dijo ella con remordimiento, pensar que todo estaba planificado señor gerente, confesó, con decirle que el pescado ya era un amigo de la casa y había aprendido a dar la mano y a decir ¿por qué no le aumentan el sueldo?, el pobrecito, fíjese cuando tuvimos que sacrificarlo, todo sea por la amistad, dijo ella mientras el hombre del monóculo miraba el canario de vidrio. Yo que le serviría de se-

cretaria dijo ella, sentándosele sobre el pantalón vacío cuando el hombre se cimbró y Auristela volvió a pelar el revólver destrozando la ampolleta de un impacto cómplice, usted va a creer que soy una fresca dijo la señora del funcionario retorciéndole al revés los bigotes de manubrio y untándoselos con almíbar de membrillo. Me gusta su persona, le confesó ella sacándole la lengua con síntoma de alfombrilla, mientras le enrulaba los dientes en un gesto de fingida simpatía. Desde cerca miró en los ojos del caballero (su señora continuaba persiguiendo las aceitunas sin inmutarse de la suplantación) como en una laguna, un desparramo de sentimientos frustrados, toda la indignidad humana acumulada ahí como si el caballero del monóculo fuera una cárcel de esas postergaciones y guardara fragmentos inmateriales de los sucesos, como si la vida fuera la suma y resta, la batalla incontenible para que unos se desintegraran en favor de los otros y así envejecieron desde los 20 años durmiendo en cama y aires ajenos, bastardos, oscuros, cayendo desde el mismo hoyo a la pupila del gerente con los bigotes brillantes adobados con almíbar color tierra clara.

Entonces apareció el dueño de casa con el ave de repuesto recomendando que por nada del mundo le fuera a echar de la misma salsa. Luego las visitas pasaron en forma definitiva a la mesa y a todos los presentes les tocó una olida.

(sigue)

Donde se pone en descubierto cómo se divierte la gente poderosa que luce joyas y dinero, pero ya en la Intimididad rebelan Miseria y Mezquindades, Odios y Venganzas por Doquier.

Los buenos negocios en primera fila, la falacia, la brutalidad de los enemigos, la felicidad, la tribulación por los niños, el bienestar como la última medida de la existencia, los apuros bancarios, los viajes, el confort desde luego "moriría" sin esto, todos los años se cambian de modelo, claro, por supuesto, ¿se imagina? la coronaria, la trombosis que le dicen y yo soy clienta con cuenta corriente, ¿no me diga?, el torrente de los 14 kilos de verbos envueltos con su bolsita plástica, el peso numerario de no más de unas 1.876 palabras manipuladas como la harina en los tiempos en que el pan se hacía con la mano y el sudor caía al medio de la masa como esa eclosión de la tierra cuando se estaba formando antes de colgar en el universo, la industrialización entonces de la ternura y la belleza y la convivencia, el pobre cerebro cerrado como nuez en el desierto, la estupidez en su status más perfecto, el equilibrio por encima de todas las cosas y la hostia perfecta del domingo, sentir por dentro a Cristo y para qué le cuento, no ve que soy frígida, pues, no, señora, le contestó el del monóculo, usted es tórrida, o uy, si, ja ja, y le estiró la barba de goma y luego volvió otra vez el resorte a su lugar, los pelos a la mandíbula, pegados, a la moda, el nuevo escote, el escándalo pues y las fórmulas, eso era, dijo, corrigiendo, fórmula y no frígida, porque depende como la pongan a una, querido, afirmó haciendo una mueca redonda ¿me entiende? por el libido, contestó la anfitriona secando el agua que perlaba la frente, la nariz en fuga, y dale por los cuatro canales en el tiempo de la publicidad, hay que lanzar la imagen rectificó el gerente sorbiendo el café sintético con

grumo, todos somos buenos, gordos y crápulas, jí, y vamos al fútbol, salimos a dos col. en el diario por el trabajo de los RP que se pasan dando la mano y viven tirados en el suelo muertos de la risa, al pie de la escalera del avión, hacen declaraciones, se van a Roma, regresan vía Honolulu, inventaron una suela sin pie, es genial, querida, y se cambió de onda, la competencia de la familia, nosotros siempre hemos estado arriba — aunque abajo no lo hace nada de mal dijo mental el ogro — es una suerte en medio de tanta miseria, ¿no? y cuando se hizo la fiesta del matrimonio fue para morirse, llegaron 200 comensales con su tenedor y cuchillo corriendo en medio de los corderos y los cerdos que humeaban y las pipas con el chichón listo para estallar como si fuera dinamita, las montañas de cholgas y erizos a discreción, y el griterío infernal, los tongos de hule altos y toda suerte de destellos por parte de las mujeres que se lo pasaron corriendo tres días con sus noches para “hacer hambre” mientras la pobre vaquilla aún se derretía mirando con compasión la fiesta con sus ojos lejanos y melancólicos sin olvidar que cuando se casó con el toro nadie le tiró arroz siquiera, ni le regalaron 6 lámparas de pie, y jugueras surtidas y ahora servir en forma tan desinteresada, colaborando con la línea pacifista de los partidos políticos dejándose estar como si nada pasara a su alrededor sino el baile de la pata pata y los glúteos de jalea que era un gusto verlos bandearse, con el temor que se fuera a pinchar uno, y el zangoloteo de los senos, el mercado del mejor postor, todo el esplendor de la sociedad contemporánea, ¿no es cierto mijo?, luciendo sus collares para perros y personales, los trajes de turquí, y las lentejuelas chispeando, el azul que va de convite, la sabiduría de “saber vivir” en forma apoteósica, gloriosa mientras la vaca continuaba con sus meditaciones, vuelta y vuelta, todavía sin que la derramaran de todo, antes de convertirse en la fuerza motriz de las nuevas cópulas, de la propagación de la familia de acuerdo con las estrictas normas de la moral pública y privada, este canje de ale-

gría, este intercambio de posibilidades a gran escala, barnizado por el jugo de la vaquillona impotente para detener las mascadas en el alma, dios mío, cuando todos los dientes fueron colocados en hilera y entonces pasó de largo la vaca a través del apetito y la fueron desnudando con la vista y la lengua y luego se acomodó en las células, en la tráquea, en forma indiscriminada, en los glúteos de la novia de primera mano y fue repartiéndose sin pedir su voto para las próximas elecciones, como quien dice el arte por el arte, todo sin compromisos, sin tener que ir al matadero y entregar la oreja para que le hurgaran el corazón como era habitual, dolorida como si fuera una víctima igual a esas mujeres fatales de la cine-novela cuando en el cuadro 48 llega la vaca y pide clemencia y el primer actor le dice que no y aparece la torta de la novia de varios pisos y en el alto del taburete la pareja irradiando felicidad y no es para menos, de merengue el altar, la marquesina de huevo batido con azúcar, tomados de las manos por una eternidad para ser más precisos según se dejó constancia en el parte policial, anotado de puño y letra por el cabo de guardia, entonces ella, se acercó antes de partir para el dormitorio con el pulso trémulo y con las tres lágrimas de rigor y el novio triunfante, atlético, con el cuchillo en alto para culminar la ceremonia en medio del olorcillo quemado de la vaca y los acordes de la orquesta que estaba en la tarima del fondo. Si, fue una pesadilla ¿te acuerdas querido?, porque en eso llegó otro pololo que yo tuve, no vaya a pensar nada malo, señora, esas cosas de la inexperiencia fíjese, y como estaba furioso, algo le puso a la torta sin que nadie se diera cuenta y lo peor fue cuando tomó un pernil de la vaquilla y empezó a dar golpe a quien se le pusiera por delante, resentido como estaba, hay que ser humanos, y después se puso a tocar el tambor con el pedazo humeante de carne y dale pernilazos por el jardín y yo me dije para mis adentros “de buena te libraste”, ¿se da cuenta? de blanco, completamente, maldiciendo el momento en que probaron la torta con veneno, si era

una verdadera competencia, fíjese, todo el mundo embarrado, se agotó el papel, las servilletas, se produjeron pugilatos porque cada uno quería reservarse el lugar más estratégico mientras duraba el ejercicio, haciendo un paquete con los fracs y los trajes largos como si hubiera caído una lluvia de mostaza en la región, en medio del ulular de las sirenas de las ambulancias que se llevaron desde el cocinero para arriba incluyendo el que tocaba la batería, con instrumento completo para hacer los exámenes respectivos y comprobar en forma fehaciente la virginidad absoluta de la novia que parecía de cartón piedra caminando con los pies abiertos con un perro para la ropa colgando de la nariz de cada uno de los comensales, ya provistos de frenos de aire, oiga, con sutiles letreros indicadores que señalaban: "Cuidado, zona de peligro, maneje con cuidado", "Novios en apuros", la parentela enharinada y mustia, después de las explosiones, sin aliento en los bancos como si fueran montones de frutas y yo y mi novio en el hospital tomando agüita con arroz mientras mi ex pololo seguía rondando con el pernil al hombro, muerto de la risa y los testigos al lado nuestro cada uno con una sonda sin poder hablar ni decir esta boca es mía, querido, cuando estábamos en plena luna de miel.

(sigue)

Donde uno de los difuntos para mal de sus pecados pierde la vida antes de que lo llame oficialmente la Parca debiendo por tal motivo hacer frente a las más Desventuradas peripecias.

para sufrir en la montaña, arrasados por el viento de las palabras sueltas y vanas como si el dolor quedara demasiado grande no para expresarlo, sino para decir lo que es efectivamente: quedarse solo en el mundo a las seis de la tarde sentado en una piedra con una mano adelante y otra atrás.

Son esas viejas historias amarillas con fotos cuajadas de humedad en que hasta se corren no sólo los rostros, sino las fechas cuando la mala suerte del anciano quedó comprobada porque en el instante final camino al camposanto uno de los caballos tuvo un serio disgusto con su compañero de tarea y se dijeron palabrotas de grueso calibre y por último se fueron a las manos en plena ceremonia y entonces se lanzaron a correr hechos unos locos por las calles céntricas y la avenida La Paz, mientras el difunto daba diente con diente como si se tratara de caminar sobre piedras de huevillo y en eso apareció en la esquina un Ford T de bigote y el chofer con antiparras dejó abandonado el volante y se produjo la horrible colisión, casi sin curiosos y entonces el ataúd fue a parar nuevamente al suelo, saltándose la tapa y apareciendo otra vez el apretujado difunto saludando con la mano en alto como los jugadores famosos cuando entran a la cancha con el número nueve a la espalda y luego se pusieron a reunir las coronas, los vidrios y los pedazos de los caballos que quedaron desparramados por el suelo como si se tratara de un verdadero rompecabeza: las patas estrelladas, los coágulos de la vida luciendo sus vetas, sus muñones, luego el triperío sirviéndole de sombrero al difunto, la precipitación de todas sus edades pasando por un tubo como si fuera un túnel rojo, luego el desgaste de los repuestos, el corazón metido en el ojo del caballo trizado como escarcha con un disparo en la sien y la curiosidad de la señora que cubrió al paciente con la primera plana de un diario: "El hombre puso sus pies en la luna" en medio de los pulverizados días y el desorden natural de esas circunstancias y aparecen los guardadores del orden y empiezan por calificar al difunto con su mostacho parcialmente nublado

de cuando era general y ordenaba el desplazamiento de las montañas, los árboles y del propio enemigo vestido de rojo, en la colina disparando con un cañón de 16 milímetros igual que en el cine, y el sol caía a sus pies y todo el resto de las nubes mientras los enanitos se aferraban a la tierra como raíces con patas, oteando las balas con el dedo norte. Y el uniformado con su tricorno, sable en alto diciendo: "disparen", mientras descubría que le faltaba el botón principal maldiciendo a su mujer que desde el carruaje observaba la escena de guerra con un sombrero de Fellini, blanco y negro como un disco volador. Todo quedaba rígido al paso del general: la caballería ligera, luego la boca de sus subalternos, se supone que tenía un carácter de hierro y de perro, rugía en las mañanas y mientras irrumpía en las colinas signadas con los números 245 K y 458 C ella montaba otro caballo versátil en una amplia cama de 1000 plazas, colina dorada arriba vociferando con el oficial de guardia usándola como bandera sin calzones, recogiendo el aire polvoriento que iba dejando en ristre el paso de los otros soldados que cavaban trincheras en la supuesta guerra, había enemigos por doquier especialmente los gorriones, cuidado, silencio, y se producían esos artificios de los amantes, uno encima del otro sacándole partido a este ángulo, a ese esguince, a la tuerca mejor colocada en el arte del placer, ¡disparen! decía el difunto mirando con su catalejo la escena de su mujer con las nalgas al aire como un tomate de regular tamaño, haciendo esas confidencias del uniformado que cuando el mismo se saludaba en el espejo, cuadrado, al amanecer, esperando la oportunidad para el ascenso aunque nunca se imaginó que se elevaría a la gloria como está ocurriendo en estos momentos en medio del asombro de los parroquianos beatíficos cuando deja en el suelo su ancla principal, es decir su vaina, su sable de chocolate y mira desde la altura estos testigos circunstanciales de la comedia humana: el juez de turno que le registra los bolsillos, su mujer que baila una cueca encima del ataúd, vestida de rojo (el odio no

discrimina en los colores), porque su hogar era en verdad un cuartel general, todo cuadrado, y redondo, las vociferaciones pasando por un canal con no más de 100 palabras de rutina: "Arriba, abajo, están presos, avena para los caballos", mientras su mujer y sus tres hijas de palo se arrinconaban como si estuvieran llovidas sin derecho a voz ni voto acurrucándose en el silencio de la habitación decorada de medallas, armas antiguas y sacos de pólvora. Mi papi, dijo la dueña de casa mientras Auristela le vaciaba la sopa en el sombrero nuevo, era muy meticuloso para sus cosas, y a los caballos de la carroza le faltaban varias piezas vitales cada uno tratando de completar su número para armar el nuevo mecánico. Entonces fijese, pues, Auristela, usted no lo va a creer, nos empezamos a rebelar contra sus prejuicios, cada nueve meses llegaba una guagua a la casa y nadie sabía por dónde, los querubes quedaban colgando, rollizos, en el aire mientras ordenaba nuevas detonaciones y por eso no había pieza que durara, especialmente los dormitorios que se lo pasaban en el suelo porque además, cuando él entraba en sospechas salía al pueblo y se ponía a encañonar a la primera persona que se le ocurriera, y se le convirtió en hábito andar con la bala de bola como queso suizo de un lado para otro y nosotros, en venganza le traíamos, fijese como son las cosas, más guaguas y más guaguas hasta que el vecindario comenzó a murmurar, que en paz descansen diciendo que habíamos puesto una fábrica de guaguas, y el alboroto a la hora de la "papa" era del porte de un buque cuando empezamos a industrializar el asunto ofreciendo los críos como propaganda, a tanto la pose, a las fábricas de leche sintética. El espacio se hacía más estrecho y el uniformado apto para refugiarse en un altillo mientras los pretendientes de mis otras hermanas tenían que seleccionar las guaguas que eran de ellas, las propiamente tales, para luego llevárselas para su casa y rehacer su vida, rabiando contra el general, que como regalo de bodas disparaba 35 salvas efectivas con municiones de verdad sobre la cabeza de los novios.

Lo más trágico es que al poco tiempo, volvía la novia frustrada y llorando casi siempre con una guagua nueva en los brazos, maldiciendo el día que mi papi eligió la carrera de las armas porque habíamos heredado un carácter tan raro para andar a caballo de los hombres. Después cuando jubilé, antes que le pasara la desgracia del choque de la carroza, teníamos que soporarlo todo el día completo haciendo ejercicio encima de las ollas y las cunas de las guaguas, disparando con su fusil con un corcho en la punta pasándole revista a los artefactos de la cocina cada día más chicos, haciendo llorar a las guaguas de puro gusto porque no las había querido reconocer porque también era maligno y desconfiado. Pero si todas las guaguas eran iguales, para maldición nuestra, fíjese Auristela, el pollo le quedó sin sal, parece que la cocinera no está firme, y nosotros empezamos a hacerle la vida imposible, hay que reconocerlo ahora que lo llevan de nuevo a la morgue. En primer lugar en la noche nos gustaba aserrucharle la cama como en la prueba del fakir y como éramos novicias en ese juego del engaño, la sierra casi siempre le pasaba estrictamente por la mitad del cuerpo y después nos teníamos que pasar media mañana, cose que te cose para reconstituirlo porque mal que mal, a él le cancelaban el montepío y por último se le pegó esa costumbre de cobrar las jubilaciones, haciendo antesala y diciendo, pío, pío, pío en reemplazo de las iracundas palabras de antaño, cuando medio regimiento se retiraba al suelo en posición firme. Al sentarse casi siempre una pata de la silla caía al suelo en forma estrepitosa (de modo que el choque del ataúd lo encontró bastante entrenado) y le cambiábamos la hora de su reloj: las piezas tenían calendarios con las fechas más absurdas inventados por nosotras y en la hora de la siesta el llanto del guagüerío subía a todo volumen como si se tratara de un conventillo cuando sale la señora con los calzones en la mano y con un cuchillo y se lo clava por la espalda al inocente que sólo minutos antes sobre la batea le había hecho poner los ojos en blanco y hasta

las gallinas arrancan con las manos en la cabeza mientras gritan "¡Sálvese quien pueda!". Hasta que mi papi, fíjese Auristela, está igualito en ese retrato, y sólo le falta hablar, no tuvo más remedio que quedarse callado y nosotros hacíamos lo que nos daba la real gana con él, con decirle que cuando gritaba "¡firmeeeeeeeeee!" nos poníamos a correr echas una locas peloteándonos las guaguas que llegaban a dar bote en el suelo y en el techo para entrar en calor en el invierno sobre todo. Y usted sabe cómo es la pobreza, porque el montepío con la carrera de los precios se fue quedando enano y empezamos a humear del hambre y usted comprende lo que significa alimentar 36 guaguas de padres diferentes que después de hacer el daño moral, se corren, y no son capaces de incorporar a la criatura a la libreta y en esa forma la familia humana ya no se resiente tanto. Dígame usted cuál es el porvenir que espera a esas inocentes que si bien es cierto fueron el fruto del placer, podían tener una situación: piano, alfombras, corrafuego, en fin, usted me entiende. Pero hicieron de nosotras lo que quisieron por culpa del orden establecido por mi padre y nunca nos había dicho, (debido a su falta de carácter) de donde venían las guaguas, tan sordo que era por los cañonazos que le habían estallado en los oídos. A sus compañeros de fila le gustaba la broma de destriparle la boca del cañón poniéndole una carga de dinamita más fuerte en medio de los ejercicios, entonces estallaba el artefacto y parecía esos puros que se usan para hacer bromas con la boca ancha y negra en las despedidas de solteros mientras mi papi montaba en la yegua cólera, fíjese. Por eso, cuando el juez de turno llegó para tomar el acta de la ceremonia del choque no se sorprendió al ver aparecer en el rostro del difunto esa risa de satisfacción por haber dejado este mundo aunque con algunas dificultades de última hora. Porque sus últimos días fueron los peores: ya se le habían terminado los calcetines, cuando a mi mamá se le ocurrió instalar una fábrica aparte de guaguas y estaba tramitando el divorcio, y de su única camisa apenas le

quedaba un parche con su ojal y el sombrero diplomático manchado por el sebo. Y en esas circunstancias llegaba al almacén, dando órdenes que nadie escuchaba, triste, abatido, arrastrando los pies mientras los nietos le abollaban el tongo, persiguiéndolo sin piedad cuesta arriba. Por eso aunque parezca una maldad, me gustó que se muriera y le confieso yo, Auristela, que era su hija regalona, fijese, cuando me llamaron no tuve tantas dificultades para aclarar el enredo y armarlo y meterlo de nuevo dentro del ataúd tan orondo con su bicicleta de rueda grande y chica, su vieja pipa de roble, el sable flamígero y las cajitas con la píldora que escondió con tanto odio aquella mañana lluviosa de otoño en que quedó definitivamente captada la escena en un filme de 16 mm.

(sigue)

Donde se arma una trifulca familiar en que medio mundo sale mal parado diciéndose cosas de la Cintura para abajo y mostrando en un lenguaje soez la discordia que divide a Padres e Hijos, Maridos y Señoras.

Cuando no el gerente el invitado, ni el invitado de piedra el que está en el segundo lugar en la fila, apenas sirven un plato que no rinde dividendo, no precisamente perdices con naranjas amargas y perejil. Uno la ve planchada y lavada con su mejor traje dominguero para ser comida, un poco en silencio, todas las presiones de la casa están en suspenso como Mozart cuando empieza a urdir la maraña, un tono aquí, el leve responso en el fondo de la selva y el mar, una palabra que apenas se insinúa, desde luego la primera palabra del mundo preparando el tropel, ferruginoso, la arremetida de una frase subiendo una escalera y bajando en caso de declararse un incendio de cuarto grado, la perdiz envuelta en laurel y orégano estigmatizada espera su hora, casi pierna arriba la pobre como en el consultorio de un dentista y la sagrada familia del siglo XVI arde por desatar la chispa. En la cabecera, el tesorero general del presupuesto; el que vende el alma y la frente, el cardumen de sus células y el honor de las piltrafas arremolinadas con belleza para llenar y vaciar libros, pulir instrumentos, operar, ejercer el dominio de la bestialidad tanto en el campo de paz como de la guerra, y después sin aureola sentir a su alrededor los descendientes, los que le comen la boca, el bolsillo, el estigma de estar enredado en la vida con otros desconocidos que dicen son sus hijos, que efectivamente lo son de acuerdo con los documentos que tenemos a la vista según la legislación vigente y al otro extremo la dueña de casa, con su beatífica actitud distribuyendo la perdiz al jugo y la cebolla suelta, producto de tantas combinaciones y mescolanzas, agrias y dulces, pero amarrados por dentro con

ese hilo satánico de los compromisos a perpetuidad. Cada sorbo irá a parar a su destino: la ley del embudo entre las calorías, la maquinaria humana tiene sus limitaciones, la tuerca del antebrazo promueve la agitación de la caricia, del amor en suma, tanta energía se desplaza en direcciones ciegas: el busto todavía en alto aunque ya derramándose dentro del tiempo, la pasividad para ver cómo el dinero se va incrustando dentro de las ollas en su distribución caprichosa, productos de consumo de la sociedad, "al diablo los sentimientos" pudo decir la perdiz mientras era triturada tan sabiamente con los mejores modales de los concurrentes, todos educados en colegios caros de primera categoría, con patente, haciendo chasquear la lengua por fin detenida un segundo en medio del mundo como para escuchar el sopor de la naturaleza, el batido del mar que existe en la profundidad de la memoria de tal suerte que parecía un cuadro de costumbres cuando la felicidad pinta sus tonos rosáceos y violáceos en los pómulos y se escucha volar una mosca y el jingle mientras se sopea el plato, el juego de la dignidad y la honradez alcanzan la plenitud del éxito pidiendo repetición a las tres de la tarde, todo como entre muselinas y pliegues de pintores arrobados por la mística de estar esplendorosos sobre la tierra, sin mucho oficio para ir aventando las palabras, la fe, las convicciones, los códigos, la certeza de estar en lo justo cuando degollamos al ave indefensa que nos mira desde la porcelana con flores muertas. "Podrías decir algo", dijo ella armando los platos vacíos en una ruma. Él las traspasó tomando fuerza y bamboleando el vino. "Auristela llene la botella". Si tuvieran un poco de compasión por nosotros, los hijos tomaron balcón, ya estaríamos en la casa propia, cada uno clavado en su dormitorio, refugiados en otras latitudes, mirando la tarde en lo propio, abriendo el boquete, tapándose los oídos para que estallara el dinamitazo de la sobremesa, ¡hasta cuando! (golpe) y los huesos de las perdices parecían aplanarse en su desperdicio, van a seguir con la historia de siempre, y comenzó a caer el chorro, la tor-

menta, ningún insulto nuevo, sólo Auristela plantada al medio como tratando de hacer un hoyo con el trapo coleccionando las migas una por una, dejando abandonados los platos en cada extremo del ring, toda la familia con las mismas posibilidades para imponer su verdad, la única de la tierra por quítame esas pajas y el que tiene el techo de vidrio, dispara la primera piedra en la revuelta de hacerse añicos los huesos, los nudos que atan el cuerpo humano, la feroz cadena de los verbos más duros, echando aceite hirviendo y llamas por los poros, inaugurando el infierno mayor, magnífico en su esplendor dentro de la tragedia de estar moviéndose en una escenografía de unos seis metros de largo por no más de cuatro de ancho de cartón: la piedad que no concuerda con los principios, la ética que barre el suelo dentro del juego de los platos que vuelan con perdices inclusive como una última posibilidad de revivir la hazaña de permanecer en el aire sin que nadie las sustente mientras los chorros de ira batían la porcelana, los hachazos y bandazos de la decoración encima de la cabeza, la alcuza colgando de una nariz, las bandejas apañando esa hora de la discordia cuando la sal vuela cual nieve cegaba la respiración hasta que el tono de la reyerta se fue haciendo más confortable, más íntimo y privado a la vez: todo el mundo pisando algo propio, personal, como si la consigna fuera que al desaparecer el temporal, la familia quedara efectivamente a solas, sin la bicicleta clavada en su rostro y la dueña de casa hablara a través de esas prisiones, molidos los muebles, pulverizadas las lámparas, gotas luminosas de la sangre, porcelanas, la deshonra de los disparates más crueles regresando a su punto de origen, a ritmo lento, hurgando las entrañas, el pasado, el fuiste eso y lo otro, el golpeteo como para hundir un clavo en una piedra y dale que dale y de nada valía contarle diez al contrincante caído, peor aún, la malvada ésa ¿qué tiene que yo no tenga?, si te llevo las cosas en la uña, qué se hace plata, cuántas casas, cuántos sextos sobran en el balance vamos viendo, cada cosa en su lugar, habría

que medir los centímetros, friamente, saltarse la asociación de los sentimientos —que en estas circunstancias no tienen mayor importancia— ver el cúmulo de bocas, senos y muslos esperando el desenlace, observando los daños que ha sufrido el enemigo, el estropajo que tenemos al frente con saliva y espuma en la esquina, en la boca, mientras son repasadas las últimas astillas del esqueleto rellenos por los avisos publicitarios cristales de otras rocas, discorolas supersónicas, la mandíbula cerrada después del juego, heridos, meditabundos, batidos los portazos, todos los caminos llevan a la misma boca que hierve, que se crispa, que va botando su ira, su enredo de flautas y sapos y culebras, es un grabado de madera, siglo 14, la mujer que vocifera, se crispa, levanta los brazos, está manos arriba, escarba en la herida, inventa las sanciones más catastróficas, “el día que te conocí” y maldice el espejo, la ruina de la pureza y Auristela esperando, en un rincón (desde luego con su pistolón al cinto) echándole más leña a la hoguera gritando en las breves pausas: “¡Bravo, bravo, gol de la señora!” “¡Golpe bajo del caballero!” hasta que llegó una vez más la ambulancia a recoger las víctimas.

Sólo Auristela tomó el camino contrario a la mercería para pedir que le anotaran en la cuenta una nueva partida de vajilla en medio de la complicidad de los dependientes cuyos ojos se movían de un lado para otro como si estuvieran al tanto de los más pequeños detalles del escándalo.

Donde Auristela que permanece guardada todos los Santos días sale en busca del Amor y se para moviendo la cartera en la puerta de los Regimientos para correr los riesgos pertinentes.

Al pasarse jugo de limón por las manos borró el olor a ajo y orégano, en su primer día libre con la caldera ardiendo, echando chispas, raspando el suelo acumulando presión por todas partes y va aleteando con la cola levantada, comiendo pasto, buscando un poste que derribar, soñando con una cama de cientos de resortes que al primer golpe la elevara como un volantín para quedar colgada en el aire hasta que al caer tuviera que elegir cual sexo de los que estaban en el sembrado la recibiría ampliamente para morderla, penetrarla hasta la pared del frente imagínese 15 días metida dentro de las cebollas y los perejiles y los pejerreyes, algo de las vísceras se pega de repente, la sangre que corre sin destino, los olores más nuevos de la carne que no es humana igual que las suelas de sus zapatos cuando su marido se fue para el patio de los callados, cuando los "tiras" le hurgaban los pezones, no hay tiempo que perder, si fuera a la salida de un regimiento al menor postor, eso no, la decencia por encima de todas las cosas y lo más importante es no perder el baño, las promesas del carabinero que le confesó que era soltero y estaba solo por esas cosas de la vida y entonces podrían subir al hotel amarillo y cama roja con luz verde y libre y manosearse de nuevo, con la deformación profesional de la comida como tocando melones y sandías y frutas de la estación que exhalan perfume y algún tipo de alergia y más que nada los jugos que ruedan libremente, son pocas las palabras para que ella abriera las piernas súbitamente tan definitivamente enfurecidamente, glotonamente que si la rasparan con un cuchillo sería poco, que si le sacaran los ojos con un anzuelo no

significaría nada, un buey que le caminara por los bolsillos para confiarle alguna cuita, en fin, un sopor de tren que la usa de carbón para aumentar el estallido de la caldera que sólo se desolaza con senos de mujeres dorados, trufados, aceitando la locomotora que no llega a ninguna parte y de pronto estalla como ahora el carabinero que no tuvo tiempo de sacarse ni el uniforme ni la máscara y lo que es peor la placa para asesinar estudiantes, el comfortable cuchillo se siente ahora en otra forma como los dedos más largos, los desperdicios de la comida en el tarro de la basura, (son humillaciones que no se olvidan), ni aún en este momento en que la están descuartizando a ella sola y el consueña le sopla al oído las eternas letras de tangos y boleros, ¡para lo que le importa!, si la olla todavía silbara cargando presión, estallidos de nubes que brotan a cada instante por la aleta de las narices, al borde de los sentimientos rudimentarios, sólo el placer de descansar en la cama y agarrar el hilo de una conversa rodeada de maltas perdidas en la tempestad, sin faro reconocido, sintiendo que la carne también sirve para contentar, sin necesidad de mondarla con la fórmula mágica de la copita de vino que se rocea a última hora y el orégano y la cebolla picada en trozos, al jugo, otra calidad para el amor, pensaría si no tuviera ese apresuramiento, los mordiscos para trepar el muro y desde esa altura mirarse ella misma en el ring de cuatro perillas, engañándose y engañando, en la mitad del juego cuando el hombre la usa de molino y remolino, de arcabuz y sotana, y el enredo de muslos es tan grande como cuando una multitud escucha un disparo y arranca pisándose los ojos, aserruchándose la ropa, mordiéndose los dientes, una mano en alto, no tienen número siquiera para identificarlos al día siguiente en la morgue, eso es efectivo, y antes que regresara a su refugio de las ollas, pediría que la continuaran tajeando y condimentando, veía como el carabinero la espolvoreaba desde arriba sembrando también su apuro, mirando de continuo el reloj no importa que el catre primero se rompiera en dos quedan-

do en la posición cúbito dorsal y no como la señora que sólo una vez al mes de puro amor propio, hacía chirriar el somier de mentira, se le notaba a lo lejos que andaba necesitada por la forma que mordía la taza al día siguiente, porque los secretos también los sabe la lavandera y que se venga abajo el mundo mi hijita, pongan otra cama yo pago, dijo el uniformado y dejen otras tres a la reserva porque de este hotel no salimos con vida sino cuando ella levante la bandera blanca de rendición en nombre de todas las mujeres que perdieron el tiempo en blanco. Al final, la pieza era un aserradero completo, los niños del barrio venían con sus bolsas a llenarlas con las astillas del amor, el aserrín era numeroso, había en el interior un amplio olor a madera, a bosque, por donde han pasado soldados corriendo, silbando, cantando, estrujando la posibilidad de que cada cuerpo salga como un gamo en busca de otro y lo clave, lo derrita, se lo lleve para la casa y luego lo cuelgue en un compartimiento y le lea sus poemas, sus ternuras, sus delicadezas y cada noche le saque una tajada para comérsela con tocino ahumado es una delicia. La mujer cuando está enamorada puede soportar esas humillaciones siempre que el tocino sea nacional y del sur, no basta con imponer normas de conducta, por eso el carabinero la estaba ovillando, fabricando de nuevo, no importaba estaría escrito en el contrato de esa tarde infasta cuando ella se decidió después de cinco años a la espera oliendo los potros, los edificios, las cerraduras, porque el que sabe, sabe y las fámulas acumulan deseos como para venderlos en la feria, andan sobre las camas, como saltando piedras en un río hasta que por fin llega la hora del sopor, del desorden; las palabras volaron con mayor rapidez que el placer, las ínfulas, el anillo de tercera clase, el vestido nuevo, el sostén quimérico tomando el camino del regreso, bienamada, malamada, asociándose al cuchillo que llegando preparará el pernil, el barniz para la carne, abollada por los golpes que la hicieron olvidarse de este mundo, acribillada por los balazos que le dieron medio a medio en esa escena blan-

Donde la pareja humana se convierte en un par de mutuos esclavos y para escarnio de la Opinión Pública se odian como si fueran enemigos demostrando que Muchas veces uno ve a un matrimonio feliz y muerto de la risa pero disfrazan sus Sentimientos sólo de los dientes para afuera.

Un hombre llega a su casa con el mismo rostro que salió en la mañana. Deben ser las nueve de la noche. A lo mejor su señora le sacaría los zapatos si no fuera viudo, y no lo es, efectivamente. Cuelga su sombrero en un gesto mecánico con un saludo igual que hace 200 años. En el aire existe una especie de canal por donde pasa de largo amargo y viejo, gastado por el oficio de escribano. Parece un madero si las cámaras de la TV lo iluminaran con luz directa y grosera. Tal vez tiene un sillón favorito un poco desfondado y lanza un hondo suspiro como hace 2.000 años. Lleva un diario y lo abre en la página deportiva y mira el estado anímico en que se encuentra el jugador Nancho Ramírez, se le ve esbelto en realidad y un comentarista pronostica dos goles de su pata derecha Dios mediante. El hombre recién llegado escucha que en el fondo de la casa, su señora sigue refunfuñando tomando el hilo de la discusión de la mañana cuando salió con un portazo porque no se atrevía a pedir aumento de sueldo. Ella mientras estaba en la oficina, proyectó una vez más la película de la vida en común con sus infinitos sacrificios como en los tiempos en que sólo comían arroz a la hora del almuerzo. Los dos hijos todavía no llegan, porque es temprano y saben que el hogar se ha convertido en un infierno. Estudian, dependen del padre que ahora se derrumba con la mano en la frente. Se siente agobiado este hombre de 48 años y pone la radio para aumentar el runrruneo como el del motor de un auto que se desplaza sobre el camino plano a unos 100 kilómetros: son los verbos los que ruedan y hieren, girando hace 200 años para hacer los mismos cargos y descargos porque es la ley de la

vida, se justifica. Varias imágenes vienen llegando de los recuerdos y se abren en otras tantas, en un juego imposible. Joven y viejo simultáneo cargado de sabiduría doméstica como para escribir un tratado que por cierto no logrará transmitir a nadie más. Si tu me desclavaras, exclama casi con un rugido producto de la desesperación, yo te desclavaría, amor, dice la comedia del radio-teatro que está siguiendo combinada con la serial de la TV, todos hemos sufrido el escarnio confirma el locutor, la bonificación de la lealtad a la manera de las Sociedades Anónimas S. A. Cuando subo al monte dispuesto al sacrificio de cada día, si me parece besarte por primera vez, inventar las primeras mentiras solemnes, creer en alguien, eres la más hermosa entre relámpagos y facturas, te ves como un sol en las vitrinas vaciándome la billetera, el alma, el contorno de los mares, fuiste y serás ese estorbo que va derramando sus hijos, las pequeñas criaturas que nos repetirán tiempo abajo por los siglos de los siglos, los Alvarez eternos estigmatizados por nuestros ojos pasando de generación en generación como una desgracia, de tal suerte que lo que ahora estoy diciendo vendrá a saberse en otra década en boca y gestos de un nieto que espera recibir la antorcha para seguir su carrera sin destino, en medio del esplendor y boato de la civilización. Empleado público cuando nos contábamos argumentos completos sentados en la sombra con las mutuas manos en el sexo, éramos jóvenes solamente y la ternura se nos agolpaba en los ojos y en el oído puesto en el vientre para escuchar el paso de las estrellas, el calor del mundo que daba pequeños puntapiés, será futbolista, ingeniero, será y seré cada, cada 200 años, y el hombre recién llegado apaga los receptores incluyendo el melodrama de su mujer que por fin deja de barrer, coser, lavar, lustrar, amar, embestir, fornicar, englutir, desvainar, engurgir, como la otra parte de la naranja, la tajada infernal del paraíso del amor con olor a comida, con olor a dolor, frágil con su indumentaria y víscera, tiene las venas de los sufrimientos, el letrero que dice clarito "Sufro", "Sufres", "Estamos

Sufriendo" y hasta hay que pagar el impuesto municipal correspondiente, y en un momento de tregua, paralizado el corazón y el movimiento contrario y enemigo de las células, se sientan a la mesa bajo la luz que los destroza en mil pedazos como hace 200 años. Levantarán la mano para hacer los mismos gestos y abrirán la boca para que pase ese líquido que es la esencia de la gracia y la virtud, lo mejor que produce la humanidad en sus estados de armonía, como el mar, cargados de deudas y rencores, clavados con cemento líquido, con tachuelas de media pulgada hurgando ya en el imposible silencio que arde por los cuatro costados y Auristela con su pistolón al cinto dando la pauta, cargando la atmósfera preparada para iniciar la balacera, la balacería, el run-runeo de su boca de metal con varias víctimas igual que en las historietas con las piernas en alto, humeando. Mas la pareja humana se ha neutralizado en estas circunstancias. El cierra su plexo, su puerta corrediza, y ella también, se atrincheran para comer el segundo plato del pescado que los mira con esa compasión de los peces, de las reses, que ayer nomás blandió las aguas profundas como si se tratara de una bandera y ahora yace seco, prisionero pulverizado con salsa de tomate en un ojo añorando también su océano, esa posibilidad de mover las manos entre la espuma y salir victorioso, mar arriba con su estandarte hasta que vio brillar el anzuelo el anzuelo diamantino, la trampa inmortal vibrando y picó y fue frito con el excelente aceite que estaba recomendando el animador del programa de la T.V.

Si una mosca volara, usted Auristela, comprueba la perfección, nacimos el uno para el otro, en el barrio nos envidian, quieren saber el secreto si tú me debes yo te debo, si tú sumas yo te resto, somos los cómplices de las cuatro operaciones ¿quién tiene un balance de vidrio que lucir? es tu manía de hacer un resumen a esta hora solemne de la noche, andar sacando cuentas, siempre faltará el dinero, las pocas monedas que andan por el mundo y que manejan tres o cuatro y nosotros miramos, ¿te acuerdas cuando alargábamos la piel de la

familia, los esfuerzos descomunales para echarle algo adentro: hilos de ternura y solemnidad, movimiento, para que después andaran por los muros y subieran a la colina para iniciar el primer vuelo aplaudidos por nuestras lágrimas? El hombre medita sobre el plato final y pone el diario adentro de sus ojos y su mujer teje, teje con sangre, la siente fluir caliente y nueva y ávida y la enrosca con el punto cruz, la acicala, la lanza al despenadero y la cruz, enredándola, nerviosa, antes de llorar y él recorre el subterfugio del mundo, la uña pegada en el muro, todos estamos vivos, queremos flotar, querida, en el dormitorio como si por fin enfrentáramos con éxito nuestro verdadero destino: tú con tus dulces senos derramados, amplificados y no se quien eres, existe tanta lluvia en el olvido, si te callaras, hay tanta campana en todo cuerpo humano cuando ya está muerto, pero debemos el alquiler, dicen cuando me pasas el piyama, falta lo que falta, la larga lista y te veo empezar a dar vueltas alrededor de tus arrugas, cómo no perderse, pregunto, en ese laberinto imposible que no lleva a ninguna parte, debajo de los ojos y en la frente si estuvieras desnuda te amaría como antaño cuando fuiste como un árbol, pero el hombre que llegó cansado de su trabajo se quedará dormido con el rostro cubierto por la noticia de última hora: "Soldados de la URSS cruzaron frontera de Checoslovaquia" y ella leerá con cierta incomodidad porque la información sube y baja que llegó el nuevo barniz para las uñas que estaba esperando.

(sigue)

Donde aparece un personaje —el tío Estrábago— que tiene delirios de grandeza y como tal se mete al bolsillo los Códigos que la Sociedad ha elaborado en resguardo de la Virtud.

Cuando llega el invitado de piedra, se sienta en una silla de piedra y come pan de piedra —recuerda Aristela—. Uno de los mas asiduos era el tío Estrábago que era turno, que fue turno antes de nacer y le pusieron por anticipado ese título en el civil y en el bautizo. Aparecía de repente recibiendo un trato de segundo orden, una ceremonia simple con un solo plato en medio de las protestas con volumen 5 de la escala internacional. Este tío había estado en la cárcel porque se echó a la espalda una vieja que lo venía persiguiendo desde tiempos remotos. Los hechos se desarrollaron de la siguiente manera. Habiendo tenido un fundo de amplias dimensiones en la zona de Güariligue, bordeado por colinas y viñedos, Estrábago mal aconsejado, le bastaba mandarse tres botellas al cuerpo para que le entraran las ínfulas de grandeza y salía por las sombras, a recorrer los deslindes de su tierra, y a veces exageraba un poco. El vecino era cauto y astuto y a la noche siguiente le tocaba a él y como era bastante vengativo se le ocurría ganar unos 10 kilómetros cuadrados después de cada jornada, carabina al hombro. En eso se lo llevaron 30 años. Por rato los propietarios tenían miles de hectáreas y de pronto, casi nada: parecía de goma la tierra y las vacas y otros animales que vivían encima de estos predios. Pero la procesión iba por dentro alimentando el odio. La señora del vecino que tenía sangre en el ojo por viejos problemas heredados, quiso poner atajo a la situación. Entonces invitó al tío Estrábago a conversar amistosamente sobre el problema. Se tomaron para entrar en confianza, dos chuicos de 10 litros c/u. y terminaron cantando, pero debajo de la

cama. En eso entró en escena el marido propiamente tal de la señora y se puso furioso porque seguían tocando solos y cobró sentimiento. Entonces se armó la trifulca porque se les ocurrió salir a medir la propiedad en plena noche oscura. El tío Estrábago (como era muy lanzado) le pasó la huincha por no se qué parte a un toro y éste se enfureció y todavía lo anda persiguiendo, pero a la mañana siguiente volvió y otra vez tomaron el hilo de la conversación suspendida en forma momentánea por causas ajenas a su voluntad. Ya más resuelto y despejado a pesar de que pidieron una nueva corrida de 2 chuicos, el tío Estrábago empezó por despachar al dueño de casa abriéndole cinco boquetes (estas son las historias que le gustan a la Auristela porque siente tan a lo vivo el problema que corre como loca a su pieza a ponerse el pistolón al cinto) tan perfectos, que se veía al trasluz el paisaje. Después cayó de espalda y un personaje menos. La señora se puso a tocar la guitarra mientras el tío Estrábago le vaciaba el trago en el instrumento; terminaron tomando entremedio de las cuerdas escuchándose un sonido tan especial cuando se iban de espalda saboreando el tinto. La vieja como era forzada invitó al vecino codicioso a pasear por su hacienda y lo llevó al apa y la tierna escena fue largamente aplaudida por el resto del inquilinaje que los veían pasar y se imaginaban un cuento de hadas, esas historias que sólo aparecen en los libros: ella resoplando y él apurándola pegándole tremendos guitarrazos en la cabeza y en otras partes. Más tarde entraron al dormitorio privado y se armó un revoltijo de palabras porque ella no quería firmar ninguna cosa y el lío era propio de una película de cow-boys en que los aletazos estaban a la orden del día porque la vieja era seca para los combos y le pegó un dos tres seguidos en la pera y cuando se dobló se fue de patada en el bajo vientre y hasta el lavatorio que era de porcelana se lo pusieron al tío Estrábago de cuello mayor. Se azotaron el resto de la tarde, la guitarra por supuesto quedó hecha una huila mientras que el atacante en un momento de descuido

de la vieja salió a mostrar a la distinguida concurrencia los calzones rompe-pasiones que usaba la infrascrita. Pero tan pronto abandonó el escenario en medio de los "hurra" y "vivas" de los curiosos, la vieja se lanzó a la carga, viendo todo rojo, y abriéndole el marrueco de un solo tarascón (después de adobárselas con cebollita nueva, ají, cilantro y otras verduras), se las cortó. Al abrir la puerta y mostrar la presa escrita, con las venas marcadas como un mapamundi, el coro llegó al delirio.

Tuvieron que operar de emergencia al tío Estrábago —dijo la dueña de casa— y desde ese día anda con varias piedras en los bolsillos que le sirven de lastre porque corre el peligro de irse como cohete a la gloria.

(sigue)

NOTA DE INTERES PARA LOS LECTORES

La firma distribuidora del apasionante folletín "Puertas Adentro" se hace un deber en aclarar la siguiente situación: nuestras entregas se hacen en forma periódica y responsable de acuerdo con la larga lista de suscriptores que obra en nuestro poder. Sólo debemos lamentar el poco escrúpulo de algunos carteros —actitud justificable al fin— que deseosos de conocer los últimos detalles de nuestra novela olvidan su deber profesional cual es dejar en las temblorosas manos de nuestros lectores la entrega siguiente que esperan semana a semana y en desmedro de nuestros suscriptores que tenemos a lo largo del país rompen el sobre y devoran —por así decirlo— el contenido de cada nuevo capítulo de "Puertas Adentro" demostrando que estamos en lo cierto cuando dijimos en su oportunidad que lograría atraer la atención de casados y solteros, gente de vasta cultura y de amplios conocimientos con su certificado de estudios correspondiente colgando en la pared bien sea de su escritorio o del comedor propiamente tal.

Para aquellos suscriptores enfermos de los nervios que han perdido la continuidad de este folletín —volvemos a repetir— apasionante como nunca, estamos vendiendo entregas sueltas al módico precio de costo de 5 pesos (\$\$\$\$\$ 5) el capítulo, que pueden retirar en forma personal en nuestras oficinas o bien enviando el dinero en cheque cruzado a nombre del director.

Así damos forma y cumplimiento a nuestra consigna que dice "Servir antes que ganar", lema que nos enorgullece como patriotas y celosos custodios de la Cultura.

(sigue)

Donde el tío Estrábago parte a la isla a pagar sus Pecados y Delitos organizando una fuga que no es tal poniendo su inteligencia después de hondas meditaciones, al Servicio de la honradez, la Industria y las Obras Pías.

El tío Estrábago era muy curioso para sus cosas. Vivió —dijo la dueña de casa— esperando la oportunidad de una revancha con su trabuco y la bala pasada, detrás de una puerta. Hasta que apareció la vieja en descampado y casi la pulveriza a lo que es bala. Se gastó el resto de su fortuna en pura pólvora y perdigones porque por poco, como lo dijo oportunamente el juez, casi la borra del mapa y los familiares tuvieron que pagar varias cuadrillas de voluntarios para que terminaran de recoger los fragmentos desperdigados por el campo y armar de nuevo a la difunta y llevarla al camposanto donde en paz descansa.

Entonces el tío Estrábago fue condenado a perpetuidad y trabajos forzados en la isla. Nosotros lo vimos partir ya con su uniforme y número correspondiente en la espalda —él que había sido tan aficionado al fútbol— con su balde y pala que serían su herramienta de trabajo del futuro, triste, rodeado de gendarmes y periodistas que lo habían bautizado con el nombre de “La Hiena del Pun-Pun”. Lo primero que hice fue iniciar una huelga de hambre porque la comida consistía en grasa de carreta de entrada, sopa y segundo con una pinta de alquitrán y crema del mismo material de construcción. El alcaide, un hombre comprensivo, de corazón tierno (por algo estaba en ese cargo separado 90 millas de la costa más cercana) dio la orden para que al alquitrán le echaran un poco de verduras, especialmente cilantro para mitigar el sabor a pavimento. Éramos 50 reclusos en total y 566 gendarmes por efecto de la burocracia. Lo curioso es que había chipe libre para fugarse. A mi se me vino esa idea a la cabeza desde el primer momento que me metieron a la celda. Y un día, con la franqueza que siempre ha caracterizado cada uno

de los actos de mi vida, pedí audiencia al alcaide y le dije con respeto: —Señor, le prevengo que me voy a fugar. Y el patudo me contestó a rajatabla: —Lo felicito. — ¿Necesita algún bote? Yo creía que me estaba tomando el pelo, le contesto para entrar en confianza. Entonces el uniformado con su bigote de cuerda de guitarra me dijo: —No se preocupe, nosotros le proporcionamos el medio de locomoción más adecuado y su linterna si es que quiere huir de noche, no se olvide que hay tantos hoyos en el camino de bajada a la playa.

Así fue. Me embarqué en mi bote, me despedí de la concurrencia que no quería perderse un solo detalle de la partida y comencé a remar, como un príncipe. Como a la hora de marcha empezó a crujir el bote como si la madera tuviera cosquillas o algo parecido. El timón que usaba de remo dejó de obedecer y el bote cambió bruscamente de rumbo. Entonces empezó a girar en una especie de círculo vicioso de lo más raro. Yo remaba y dale que dale vueltas alrededor de la isla ante la indiferencia de los gendarmes. Y mientras más remaba, más me acercaba a la playa en medio de la risotada de los otros criminales que me hacían gestos gráficos. Así me lo pasé dos días con sus noches hasta que llegué al punto de partida donde me dieron una cordial bienvenida el alcaide, los gendarmes y el resto de los reclusos.

Entonces se me ocurrió un día la historia de los cerdos. Fui donde la autoridad y le plantié el problema. Le dije: el ocio nada engendra. Los criminales se lo pasan jugando al cacho marcado con un sólo número y los naipes tenían sólo el as de basto y siempre después de cada sesión quedaban varios contusos en posición cúbito dorsal. Entonces expongo mi idea. Hay un tipo de cerdo que da un pelo especial para hacer pinceles. Podríamos aumentar las entradas del erario nacional si convertimos la isla en una fábrica de pinceles. Dicho y hecho. Después de cinco años de tramitación llegó el primer cerdo con su señora, la pareja, hay que decir las cosas como son, eran muy educados: se le no-

taba a la legua. Hablaban tres idiomas, daban la mano con las uñas limpias y un aire distinguido propio del que ha nacido en cuna de oro y que está seguro que cuando pare las chalupas tendrá un entierro de primera. Hicimos muy buenas migas con las visitas. Le explicamos al cerdo de la grave responsabilidad que debía asumir desde ese mismo instante puesto que de él dependía el futuro económico del penal. Pero en un momento oportuno, el cerdo —pidiendo excusas— me llamó aparte para confesarme: “Tenemos un problema porque mi señora es frígida” —. Me dejó perplejo porque ese detalle no estaba contemplado en el proyecto. Le dije: —“Si quiere la lleva al dormitorio nuestro y como hay varias portadas del “Play-Boy” a lo mejor se estimula”. No, dijo el cerdo con tristeza. Ella está traumatizada desde que vió una foto de la Sofía Loren. Comprendo, le dije con tono paternal. El dilema consiste en lo siguiente o usted tiene familia o nosotros nos vamos a las pailas. Me ha confesado —insistió en intimidar el cerdo— que quiere irse a un convento, desea hacerse monja, meditar el resto de sus días porque está iluminada. Los otros asesinos nos rodearon para hacer un coro. La solución estaría en cambiarle su mujer dijeron los más prácticos pero habría que esperar la llegada del próximo barco y para eso faltan seis meses.

Comenzaron a pasar los días y la verdad de las cosas es que el cerdo y su señora se llevaban como el perro y el gato. Descubrimos en primer lugar que era sumamente celoso, no quería que nadie la mirara caminando con tanta gracia con el rabo levantado por la única calle de la isla. Era un animal atormentado y muy pronto se creó un ambiente casi intolerable. Sin embargo la pareja no se perdía una sola velada de las noches de invierno contando sus andanzas por otras tierras y nosotros terminamos incorporándolos al grupo de los asesinos con repetición (con más de un muerto a la espalda). Un día en medio de una escena indescriptible, el cerdo confesó, bajando las cejas, que por fin su señora estaba esperando. Fue el delirio. Le po-

níamos doble asiento a la hora del almuerzo, más de algún criminal se sacaba la chaqueta para que ella cruzara algún charco mientras tejía. Punto cruz por supuesto. Entonces nacieron los nueve chanchitos. En una sobria ceremonia, puesto que el vino no se probaba en la isla, fueron bautizados los pequeños con los nombres de pila del alcaide y ocho de sus ayudantes más cercanos. Custodio Segundo pasó a llamarse el primer chanchito de la corrida de la izquierda. En una amplia asamblea dimos cuenta de la marcha de nuestro proyecto. Había que dividir en principio los nueve chanchitos en 50 partes iguales en los primeros momentos de la producción en serie. Luego la chanchería fue una locura. En un gesto de caballeros todos los reclusos renunciaron a seguir comiendo el rancho de alquitrán, cebo y cemento que pasaba directamente a la batea de nuestros pupilos. Y recluso que moría de hambre, como ocurrió en repetidas oportunidades, motivaba de inmediato un nuevo balance y un reavalúo de las acciones. Al final del primer ejercicio quedó un total de 345 chanchos y chanchitos, el alcaide, 60 gendarmes y 26 criminales. Entonces nos pusimos a esperar el buque de guerra. El mar estaba revuelto y la radio anunciaba una nueva postergación de su arribo. En última instancia logré fondear muy lejos de la isla y desembarcaron dos botes con alimentos. En uno de ellos venía un cabo que faltando media milla para llegar a la costa tiraba al mar el cajón con la correspondencia. Luego lo recogía y la entregaba y nosotros al abrir las cartas sólo alcanzamos a leer frases truncas como cuando la radio está mala: enfermos, ataúd, recuerdo, eran palabras frecuentes, pero daba gusto cómo nos deleitamos asesinando al cabo, de a poquito lo rebanábamos: una lonja, finísima, y luego otra y miles, total qué sacaban con volvernos a recondenar y los chanchitos se seguían multiplicando como peste. A la vuelta del correo nuestras cartas a los familiares que teníamos en el continente, sufría el mismo contratiempo y los parientes recibían los mensajes borrados por el mar: cerdos, viejos, muerte, aburridos,

fábrica, eran las únicas palabras claves, que se salvaban del naufragio. En una oportunidad llegó por fin el barco de guerra y embarcamos el valioso cargamento que entró directamente a la fábrica pasando por un embudo y saliendo convertido en pinceles. Cuando llegó el momento de invadir el mercado, los vendedores se encontraron con una sorpresa. Se había producido un éxodo total de pintores por dificultades con las autoridades de gobierno. Y todavía están guardadas las montañas de pinceles: negras, gruesas con algo de nuestra libertad perdida para siempre entre sus pelos. (Por acuerdo especial con el editor de este folletín cada lector tiene derecho a reclamar para sí un pincel de cerdo de la Isla Santa María. A comerciantes y mayoristas 20 por ciento de descuento).

(sigue)

Donde la fámula Auristela pelando unas cebollas medita sobre tantos problemas que también motivarían lágrimas Auténticas de mujer golpeada en forma implacable por el Destino.

Meditar y sollozar frente a una ristra de cebollas, ¡Ocurren tantas cosas! tantas energías perdidas —medita Auristela—, tanta violencia desatada por un plato de papas fritas, la carne que enerva el arrojo, la voluntad de servir y morir, el pasamano del buey, la vaca en la cruz tan en boga en este tipo de historietas, cada alimento con su correspondiente pócima de crimen y éxtasis, entremezclado, poder urdir las fórmulas mágicas de los jugos ácidos y vitales, entre ollas sonando, entre sopores como una sinfonía de la más perfecta grandiosidad humana con betunes, cremas, salpicaduras de tomates y fondos de alcachofa; la individualidad de la tierra que sube algo de sus muertos para alimentar la boca infinita del amor y todas sus consecuencias: desde el lujo de purificar los sentimientos con una trucha saltada en las hierbas más iracundas de la selva, estremecer la garganta con los pasos de los vegetales marítimos, las flores oceánicas que golpean el corazón para morir de pie y mostrarnos el paisaje con la sorpresa de la gula, de los colores que nos cubren de martirio y poesía. Sobre estos escombros Auristela medita dentro de su cocina, el candado mayor de la felicidad escondida debajo de la lengua, la misma lengua desatada por el furor y la ira sin tregua arrojada al precipicio de los decálogos de la moral irrumpiendo como el modelo de la máquina que hace imágenes, injerta sombras, calumnias, desvíos. ¡Oh qué sancochado sopor del alma, diría alzando sus cuchillos alrededor del cuello, la morgue purísima de la velocidad, la cebolla saltando el trigo para tomar una mano y edificar en ella la realidad del cuerpo pegando a un cuerpo esa mano, la destreza para

irse muriendo de a poco en cada cucharada de sopa, inventar un plato que desatara un recuerdo para edificarlo con todos sus contornos y peligros, como la parte de adentro de un árbol prodigioso lleno de copas concéntricas invadidas de pájaros silenciosos y blandos que respiran bajo el mar y adobar las sales con azúcares en los momentos de beatitud de la especie, echarle vino a la muerte para reír como locos por las calles, sin ningún contacto con el mundo desaforado y de color azul de ese instante en que se vacían hasta el último suspiro las botellas y salen a rielar los sueños, las fantasías que genera el dolor, el absurdo de las puertas de mantequilla y chuchoca, con fideos en los dinteles de las columnas de la civilización edificadas sobre el hombro de cada ser humano, alrededor del extremo del paladar que estaría saboreando las botellas con sus guerreros bien alimentados de día y de noche, antes de despedir a las huestes, antes de ponerse de pie cada día y salir a disfrutar del sol que es como una patada y abrimos la boca para tener la esperanza de estar vivos como una estrella furiosa dispara sus parpadeos a nivel cósmico y anda la criatura, bebe su agua, su energía, ata sus pernos y sus prolijidades poéticas, el músculo que después arderá en la batalla, en el tropel de las muchedumbres en las grandes ciudades, en el brazo esperpéntico que suma y resta y maneja las máquinas del placer y la explotación como la manivela de una proyectora antigua en que aparecemos dando saltitos, hambrientos, envejecidos vaciando los platos, los mares, la cosecha esplendorosa de la tierra.

Auristela siguió llorando mientras desnudaba la cebolla, las pieles sucesivas de la vida dando vueltas como una nebulosa a la deriva de las galaxias, sintiendo esa suavidad que usa el mar para golpear en las noches de calma, como si salieran despidiendo fuego las hojas de la cebolla que después caerán en la sartén para aumentar el dulzor y tristeza de la familia, la capacidad para seguir viviendo amándose y odiándose entre acelgas y perejiles y carnes acomodadas en el alma y en

el trapecio de mayor peligro de la existencia, viendo pasar el tiempo como si fuera una gruesa hojalata que degollara a los transeúntes y curiosos y los mutilara sin piedad con la sabiduría de los hechos insólitos y bellos. Auristela como toda buena cocinera aprovechó las lágrimas forzadas de la cebolla para intercalar una propia al recordar los hijos que regaló después del crimen.

(sigue)

*Donde Auristela, en un momento de Arre-
bato sale a la calle dispuesta a regalar sus
sejos que son Garza de la Cruz y Sastre
de la Sangre.*

Donde Auristela, en un momento de Arrebato sale a la calle dispuesta a regalar sus hijos que son Carne de su Carne y Sangre de su Sangre.

¿Por qué regaló sus hijos? le preguntamos los reporteros a la salida de la cárcel esa mañana de invierno en que el mundo parecía raído y ella con su atado de ropa y unos vagos deseos de guardar las manos que le sobraban en alguna parte de la fotografía. Entonces contó su película, una historia de bandidos que ninguno de nosotros anotó porque titulamos: "Mujer salvaje vende sus hijos al mejor postor". La verdad es que no le dieron dinero pero a mí me sobraba un espacio para el subtítulo de primera plana y replacé *vende* por *regaló* porque está comprobado que hay verbos que son más vendedores que otros y ella me miraba con cara de piedra pidiendo que la dejaran caminar libre hacia ninguna parte. Sólo quería avanzar con su atado y la seguimos y en la calle fuimos conversando: ella contesta "sí" y "no" porque había llegado con sus chiquillos donde unos parientes y le dieron con la puerta en las narices confirmando que sobraba en este mundo y por esta razón inició su peregrinaje por la redacción de los diarios, tanto humo para ver llegar a este sólido —vertical— abismante fantasma descalzo, que golpea las paredes de la tierra, que hirsuta el papel, que ladra sobre la tinta, mire de frente le dijo el fotógrafo y clic, casi sonrió; en el fondo de la amargura sentía que era como una madera que la estaba astillando cuando dijo con voz firme "¡Los regalo!", que se los lleven no más, que los eduquen, si es posible y como madre, dijo, reniego de ellos, del momento que los parí sola como una vaca en la colina y reniego de la luz y del sol y del padre que los engendró y reniego de la lluvia y el mar y reniego de las estaciones de la tierra y de los seres humanos que la habitan y del pan también reniego y de mi parentela y de mis amigos y enemigos, y que me borren todo

lo que tengo que seguir viendo porque no me interesa, que nadie se me ponga por delante y reniego de los ojos y del odio; sólo quisiera estar de pie frente a unas rocas y echarme a volar encima del mar y reniego del mar y de la posibilidad de volar, que me corten la boca para comérmela mil veces y reniego, dijo a los reporteros, del momento en que mi padre puso los ojos en mí antes de nacer para engendrarme y el segundo de placer que pasó por mí que se le convierta en brasa y se le queme el sexo, y reniego de mi nombre y de mi dirección y me pongan una cruz en todas las estadísticas oficiales porque andaba, andaba, andaba con mis tres hijos, nos estrujábamos contra las puertas, no son tan duras en la noche las puertas ladran y no había pan en el mundo, una limosna por el amor a Dios y poníamos en blanco las 8 manos, las ocho poruñas y una madre siente entonces que se desclava el alma, dijo, dar, regalar obsequiar un hijo es mejor sacarse los ojos con la mano pero hay que hacerlo, —no tiene por qué recordar esas cosas Auristela, sentenció la dueña de casa— siempre hay tiempo para reconstituir la vida, agregó diciendo que esperaba un llamado de larga distancia, total cuando ellos sean grandes y alguien les diga esa vieja harapienta es tu madre, encorvada, doblada, estrujada, extinguida, es una rueda esa madre, es una madera esa vieja, tan sin teclas, sin oficio metálico, es un pedazo de metal nuestra madre al lado del canasto vendiendo ulte en San Vicente cuando se empezó a doblar para regresar a la tierra para enterrarla como había pedido con la cabeza para abajo igual que una raíz pero al revés y la vemos pasar en el tercer acto con su bastón y va temblando, buscando sus hijos, puerta por puerta en eso lleva 500 siglos y está arrepentida, de pronto alguien se parece, pero los rostros también se mudan de domicilio, hijo, dice y nadie contesta en la radionovela, es la vida un folletín diría un filósofo ocurren estas cosas de los sentimientos y la madre que es madre lo da todo, lustra, lava, trape, greve, crupe, trana, barra, y hasta se hace escopeta, le importa una huifa dejar las entrañas

por la calle con tal de encontrar su hijo para explicarle su dolor entre sollozos amargos y la gente se detiene un instante, seguramente son un par de locos por eso usan paraguas, se visten de bomberos, andan con un abrigo regalado por el regimiento de zapadores, así es la miseria y el amor, madre, y déjeme mirarla, está más joven que hace 300 siglos, los años no le hacen mella, a ella, tan lironda y juvenil de los ojos para adentro sobre todo y si usted nos regaló, dice el locutor, no importa, la necesidad tiene cara de hereje, fondo musical, pero yo madre te amo por encima de todas las cosas de la tierra, soy un bien nacido porque usted me lamió la primera noche en la colina con su lengua tibia y furiosa y entra en escena el hijo malo y le pega con un bastón y le exige que usted le entregue la plata que tiene guardada en el muño de un pañuelo. Ese día no hay almuerzo, madre, porque su hijo mayor le está pegando y entonces entro yo en escena, pulverizo al enemigo, al mal hermano, le digo algunas cosas violentas, él retrocede con el gesto adecuado, lo persigo por la sala y hasta el auditorio y la salvo a usted y nos vamos a disfrutar de la vida a una casita de madera que le construí frente al mar, madre, en medio de las lágrimas del telón que cae.

(sigue)

Donde algunos personajes narran cosas de espanto llevados por su afán de Triunfar en la Vida caminando al filo de la Crónica Roja y en cambio haciendo méritos para que sus fotografías aparezcan sonriendo en la Crónica Social de los diarios.

Vamos a cambiar el modelo del auto, anticipó el dueño de casa a la hora del almuerzo y vimos entrar el vehículo que era casi humano, revestido de sufrimientos y dolores, cada milímetro con un sentido, vejación y designio, tanto item trasvasijado por fin para esta liberación de montarse en cuatro ruedas y subir un punto en la escalada social, ser diferente, salir del montón, brujulear en otros salones, mezclar la posibilidad de realizar buenos negocios a destajo, ser alguien con el ropero bien puesto y doble casa, ya se la había ofrecido a la secretaria que estaba esperando tanto sentarse en las faldas uno no cree, se imagina cosas de historietas que se leen en la peluquería, pero ella dijo que estaba dispuesta a entregarme lo mejor de su juventud, son frases destinadas al bronce que se escuchan a menudo en los días que corren cuando la mecanógrafa se bajó los calzones en un gesto hidalgo; son las tentaciones, aparece el diablo vestido de verde con su tridente, se ven los senos libres inflándose hasta explotar dentro de su hermosura, ya tenía una situación con una casa bien puesta, dos hijos uno por casarse, nadie lo entendía, siempre hay un estímulo para seguir viviendo ya hechas las conexiones definitivas se puede trepar, la ceremonia será en grande con sombrero de copa a lo Oski, 200 invitados bailando alrededor de la piscina, la madre de morado turquesa, con un collar de 235 vueltas y media y una reja delante del rostro sufriente, ya estaba contratado el coro y el servicio, los smokings y paraguas, las mangueras por si fuera necesario, después de todo era un matrimonio a alto nivel, una garantía para su hijo que no ha tenido mucho trabajo en este folletín. Se

vió llenando su casa de alimentos cada invierno "para que nunca le falte nada, señora", cada lluvia un ladrillo, cada frío un pedazo de silla con una paciencia de santo, todo el decorado que necesita, prolijamente, la felicidad humana, los vidrios del cautiverio, la jaula dorada de níquel, alpaca, cada encrucijada de la comodidad irreversible, las camas que prolongan el bienestar cuando el pesado fardo cae de bruces, es de noche, no tiene ideas, sin compromiso asegura, abriendo el diario con su enemiga al lado, la dadora de sangre emperifollada con los achaques y la colección de frases de rigor, la rutina metida en la médula, mas hay ciertos atisbos de alegría, no hay que dar el brazo a torcer, afuera el mundo arde por los cuatro costados y nosotros levantamos los puentes, jamás la jauría podrá llegar hasta nuestro velador para gemir de rodillas exigiendo las migas de circunstancias, nos hemos protegido de las fauces que andan sueltas, apenas a poco centímetros de nosotros, el garrote que hace volar el cráneo, la voluntad, el buen propósito, el chirrido de la selva donde vuelan las armas lícitas o poco naturales con la consigna de llegar a la meta por eso es mejor mimetizarse; recuerdo hace 30 años cuando era cuervo de una empresa de pompas fúnebres ¿Aló? si, no, cadáver a la vista, está pálido, se está despidiendo, dice adiós a la patria y la libertad, le están robando el cepillo de dientes mientras se muere, es de regular situación, siete hijos, podría ser un entierro de segunda, con dos medios cirios, y un candelabro de tercera mano, ¿aló? la competencia también anda rondando, ofrecen un descuento de un 10 por ciento, aunque con cajones de madera, ataúd amarillo, sin patente, ni rueda de repuesto, sin lugar para poner el texto favorito, "El anillo y el Libro" con la crónica roja del siglo XVII, una verdadera joya y su pala para que cultive el jardín y las rosas que él mismo va a producir con sus huesos, convidó a sus familiares que llegaron del norte y del sur, el difunto pidiendo por favor no se lleven todavía la lámpara de lágrimas, haciéndose la repartija delante de sus propios ojos muertos, el cajón de

lustrar, los vasos, los manteles, el piano de la finada, sus zapatos y me anotan otro difunto en mi cuenta corriente, este mes me moriré de hambre por falta de muertos ¿qué pasa en este mundo? ¿por qué el destino es tan artero podría decir el vendedor cuando hay que afinar la puntería inspirado por la desesperación, salir al mundo y auscultar los rostros, uno por uno, descubrir la desgracia, donde se está produciendo, ¿aló? alguien que muera para que yo lleve mi pedazo de pan a la casa aunque cada fin de mes se produce la discusión, no tienen escrúpulos los empresarios fúnebres, me quitan rayas, sería necesario poco menos que cada difunto firmara la papeleta, no hay ética y cada día la competencia aumenta el número de sus dateros, somos espías entre espías, desde que salgo de la casa alguien viene encima de mis pasos, se esconde detrás de un árbol, caminando en puntillas, ¿quién morirá de los dos primero?; hay que husmear en las iglesias o cuando la amante le pasa el soplo y entonces el caballero si es amigo le entrega a uno la información ¿aló? cayó otro, las arsenaleras cuentan la firme aunque después hay que salir con ella y la empresa no paga gastos de representación, relaciones públicas, los médicos datean siempre que vayan en la parada, sí, en realidad un muerto, produce bastante, siempre que se lo sepa trabajar desde el primer momento hasta que lo remachan; ocurre que la codicia rompe el saco y entonces un día me dijeron que si me prestaba para ir de co-piloto que era un verdadero ascenso con 1,2 por ciento más. Los industriales habían descubierto que era mejor enterrar los difuntos fuera de la provincia, bajaban los impuestos, los recargos, todo consistía en instalar al difunto en un auto y vestirlo y pintarle un poco de rojo las mejillas y las cejas con tizne y salir abrazado con él para burlar la policía hasta llegar al lugar de destino. Yo me entusiasmé con la posibilidad de ampliar el negocio y trasladé no menos de 45 cadáveres, abrazado con ellos, familiar, fumando, mientras el chofer parecía un fantasma con la visera casi debajo de los ojos y yo tan orondo, hablando con el difunto, buscán-

dole conversa para no aburrirnos y cuando la policía nos obligaba a parar, hasta cambiaba la voz para que el muerto hablara y le movía con un hilo la boca y decía: "Ja, ja, ja, claro, claro", un poco, eso si acartonado, seco y monótono y llegábamos al paradero final muy contentos para ponerlo en su ataúd de verdad y la empresa se llevaba la tajada del león hasta que me fui enfermando de los nervios. Me parecía que cada dos de tres difuntos hablaban, dale que dale como si nada hubiera ocurrido, mundanos, entusiastas, sin tener mucha conciencia de que ya se habían ido para el otro lado y les gustaba entrar en confianza con su media lengua, contar su vida privada exigiendo que el chofer detuviera el vehículo para orinar bajo la sombra de algún árbol como si yo fuera el mejor ventrílocuo de la región y este trabajo era tan secreto que ni mi señora estaba al tanto y me seguía poniendo pálido con las ojeras colgando como si fueran de fierro y yo acumulando puntos, haciendo castillos en el aire con mi propia pompa fúnebre hasta que el chofer que era bueno para el frasco le pegó un quiñazo a un policía del tránsito y llegamos con el accidentado en el techo del auto quedando detenido, el cadáver inclusive. El difunto se iba de un lado para otro y nosotros explicando que se le había pasado la mano en el trago y el cabo de guardia tomando nota mojando el lápiz con la punta de la lengua hasta que el cadáver cayó al suelo cual largo era con un ruido seco, pero tan seco que rompió el piso inferior y pasó directo con tanta fuerza que nunca más se supo de él en lo que se refiere al cuerpo del delito.

Yo me fui poniendo escéptico después de estas experiencias; la vida no era tan fácil como me había imaginado, desde entonces veo un teléfono y me pongo blanco, recuerdo, ¿aló?, si, no, cuando desde la central partían los otros cuervos con su escopeta tratando de apurar la muerte del cliente, bien cortándole el aire, bien entrando en el dormitorio gritando: "¡Se fue, se fue!" mostrándole la caja de herramientas: serruchos, dinamita y cautín sin importarles que el difunto aún estu-

viera contando la firme y firmando el testamento N° 25 y nosotros afuera clavando al fiambre, interesados en la comisión y el cochero con tongo de hule, látigo en mano, con esos ojos que tienen puro blanco contra la cara negra estable como en las películas alemanas antiguas. Yo siempre tuve ambiciones y con la plata que logré ahorrar me compré el caballo más importante de la firma, el que hablaba varios idiomas y en caso de apuro podía trabajar hasta de bicicleta. Estaba por nacer mi primer hijo y entonces, con el entusiasmo de verme repetido, pero más chico, no me importaba comer clavos, chupar tachuelas, la vida tiene un sentido, repetía de noche, llevar ropa, lentejas, acumular energías, las máscaras, ir arañando las paredes para obtener el bitumen necesario y responder hogar, dulce hogar, teníamos los muebles necesarios, sentados y acostados casi cerca del suelo, cajones, platos rotos, la vieja aún con olor a cebolla teje que te teje mirando la foto de Al Capone, siempre pensando que el crío tenía que hacer mucho ruido cuando fuera grande, con su pistola bajo el brazo, ya es algo ¿no? le comentaba a las comadres y a la modista del segundo piso que amé casi sin darme cuenta desde el primer día en que me dejó entrar a su dormitorio y me cosió el alma, los bolsillos, el omóplato, la virtud, esos enredos innecesarios que duran toda la vida, vieja ahora a los 80 años te lo puedo contar, está lloviendo, ¿aló?, si, no, éramos vecinos, son las tentaciones que salen al encuentro, a lo mejor tú ¿ah?, si, efectivamente ¿cómo dices?, entonces vamos uno a uno, claro, el lechero ¡qué bajeza!, pero ¿aló? yo... si, si te voy a contar otra historia, tú nunca sospechaste, tú nunca te imaginaste ¿cómo? ¿ah, sí? ¡entonces dos a dos!, qué divertido, a lo mejor efectivamente podríamos llegar hasta cien, ¿a lo menor, dices?, si, si, no, humm, ¿cuántas veces entonces buscamos la felicidad ¿me oyes? ¿no?, digo que no hay peor sordo, las camas que gastamos en los hoteles, no estás arrepentida dices, claro, a estas alturas, no hermosura, digo, inmoral, ¿qué? si, repito, que me carga la moral, la locura de ir pasando de

mano, ingenuo, dices, a lo mejor, fíjate no había pensado bien en eso, ¿cuántos marineros te habrán felicitado por tu número?, te gustan los uniformados dices, calado, ¿aló?, parece que hablaras entre dientes, soy una bestia le digo al juez, usía, póngase en mi caso, todo un hogar bien constituido, ¿qué por qué hago tanto ruido? pero el código, usía, si, le explico que era mía, con libreta y todo, no podrás desmentirme, querida, ¿qué respiro por la herida?, la distancia te pone insensible, ¿quién es el inservible? humm, que consulte tu diario, me acriminé de puro celoso cuando a lo que es balazo te hice el amor, cómo reías, pícara sólo las emociones fuertes, dices, tuve que decirle a Auristela: —“Por favor desde esta noche ponga un cubierto menos” y ella como en las más graves circunstancias corrió a su cuarto a colocarse el pistolón al cinto; nadie hizo muchas preguntas en esa oportunidad y comimos en silencio durante muchos lustros sacando las conclusiones propias del caso.

(sigue)

DIARIO CONFIDENCIAL DEL MATRIMONIO

Caballero

1) Con la costurerita del otro piso, ojos azules, soltera, gastos cesárea y otros regalos surtidos 2.876

2) Con la secretaria, 18 años para costear los estudios de su hermana menor y un viaje súbito de su mamá a Estados Unidos en plena guerra 5.865

3) Con la fámula que un día se le cayó delante de mis propios ojos no sé que objeto, un departamento para una cuñada que se separó a los ocho meses de matrimonio 6.975

Esposa

1) Con el lechero Críspulo, tan cariñoso que un día en un arranque de pasión me dijo: —Señora, desde mañana la leche va a venir sin agua.

2) Con el fresco del repartidor de telegramas que llegó con la disculpa que era una buena noticia la que traía y que a la larga resultó cierta.

3) Con el almacenero que una noche me invitó a hacer juntos el balance y a la larga resultó con el cuento de siempre y me dijo que el día que escuchara mi "upa" nos fugaríamos a escondidas.

4) Con mi cuñada Adalia, que en la fiesta de su cumpleaños me invitó al baño para que le sacara una pestaña que le había entrado en el ojo. Gasto de clínica con impuesto
7.754

5) Con mi otra cuñada Liberia cuando dijo que quería salir de la curiosidad para que más tarde no le contaran cuentos. Un juego de living completo el día de su matrimonio y un coche para la guagua
3.248

6) Con la vecina del quinto piso que un verano vino a pedir hielo porque tenía malo el refrigerador pero que todavía me sigue pidiendo 5.000 pesos mensuales a cambio de no sé que cosa.

7) Con mi suegra, una noche que nos quedamos solos y nos aburrimos tanto que jugamos a las prendas y ella dijo que yo era Adán y ella Eva y con lo gorda que era por poco me asfixia a lo que es mordisco.

4) Con el médico que me vio el apéndice estrangulada por así decirlo y olvidando el juramento de Hipócrates me tomó los senos en un momento de exaltación profesional.

5) Con el electricista que produjo el apagón de la casa y confundién dome con la Auristela me quiso arreglar el cortocircuito y yo le dije que bueno.

6) Con el "Chuleta" Ortiz que me sacó por cansancio porque me silbaba negándose a anotarme el muy fresco y mal agradecido pasó el dato por el barrio.

7) Con el carpintero que vino a arreglar el trinche del comedor y resultó tirándose el dulce con tan buen resultado que llegaba por medio a revisar la cama matrimonial.

(sigue)

Las mujeres reclusas al oír llegar una nueva prisionera rompen los candados de la Moral para entregarse en cuerpo y alma en aras del Placer que no conoce fronteras ni Frenos de ninguna especie así caigan después a las llamas brutales del escarnio.

Yo no quería matarlo repite la radio, otro capítulo de la serie, hay tantos difuntos en el mundo que pueden lavarse con jabón Omo, tantos barbitúricos que consumir, tantos desodorantes que desgastar, pero la felicidad no llega. Nosotros los televidentes hemos seguido al pie de la letra los consejos del animador del programa, pero la felicidad no llega. El aceite de oliva es de oro, faltan mangueras dice el comentarista en el poblado y el drama fue precisamente porque se quemó todo faltando cinco centímetros del vital elemento quedamos consumidos entre cenizas por esa friolera, pero la felicidad no llega, se abarrota la imaginación de lápices y betunes que pagan los crímenes y ese sonido cuando el corazón se rompe en cuatro partes iguales carcomido por el galán celoso, es el auspicio el beneficio del oído que parece embudo, ¿cuántas palabras van a parar en saco roto, hay que seguir al cliente hasta que llega a la botica y pide la pastilla que nosotros vendemos y ella lo demanda por falta de alimentación para sus hijos, el feroz diálogo insípido, kilómetros, pagando así también a los libretistas, cientos de metros de melodrama, cuando se apaga el receptor queda algo como si uno se quitara los zapatos que apretan, pero hacen falta estos gritos recuerda Auristela: cuando se produjo el asesinato le pareció ver por el orificio que hizo la bala al otro lado de la pieza antes que saltara la sangre y cayera en la trampa del Buen Pastor; en las noches crispan las respiraciones de las reclusas, el sexo anda volando a mansalva, tantea las paredes, irrumpe entre los poros del cemento, una comezón de metal que está hirviendo a dos mil grados como para fundir una plancha para un bar-

co petrolero, todas husmean a la recién llegada metida dentro de su camisión de gangocho, el desvarío acecha, se siente la primera carrera como un tropel de ratas que se pusieron guantes de goma para no hacer ruido, sujetan el aire, el hervidero del deseo, pueden morir varias veces en el camino pero una sola llegará a depositarla, como un cuchillo de cinco metros la cuidadora se tapaná la cabeza con las sábanas antes que empiece la distribución de la piltrafa, el cuervo cayendo sobre el águila desde lo alto de la montaña arrastrando las piedras que es la cama de madera como veinte muslos puestos en hilera sin tener nombre ni tacto ni amor, ni palabras para justificar el mordisco atávico, el tarascón del deseo. La celadora abre su rejilla, no se escucha un grito a cinco cuadras a la redonda, las fieras afilan sus dientes, hay algo de la selva en la lengua de cada reclusa que cierra la puerta tomando un objeto, la garganta, por ejemplo; aparecen los senos de oro y melindrosos cubiertos a media luz con las manos como si uno de los gigantes cuchillos con dientes que la amenazan se los estuviera dibujando de nuevo levantados sin memoria del tiempo que pueden ser mordidos, exprimidos, pasan las lenguas como un asno desbocado el miembro afuera despedazando ortigas partiendo la tarde, chocan las bocas calladas, el cuerpo que toma carrera para caer en el otro como si se lanzara desde un trampolín, sin salvación, agua afuera en seco entre el chirrido calenturiento de una escena de Brúgel, con cáscaras de huevo y mascarones de hojalata, mujeres vacuas cuyos pechos tremolan chirriando como el pañuelo del adiós más tétrico, huesos compungidos por la airada necesidad de vivir, hacinados, mercadería de tercera mano, casi sin nada adentro conservando la forma que cualquier noche podrá desaparecer, hitos, cansados estigmas, revolviéndose en la cama de ceniza con su espuma en alto, con su jadeo rojo, arañándose, confiscadas y satánicas con algo de pólvora en el sexo que estalla a borbotones y parpadeo que irrumpe a mansalva, dolido, irreparable mientras los otros gangochos se retiran a sus celdas, hay

ciertos quejidos y gemidos rezagados, las risas cortas de la sobremesa, un deber cumplido y ojos en hileras llenos de espanto, doble jabón por la mitad del precio, pero la felicidad no llega, basta mirar a la señora a quien tengo que servir, quisiera revelarme, exigir que me sirvan como cuando recorrí la redacción en los diarios, alguien podría describir el estado de la servidumbre, la comida distinta, pantrucas cuando servimos pollo, el animal que cuida a su amo, 30 horas diarias, no son humanos. El dueño de casa acumulando el más íntegro rencor de la tierra, vendido, vociferante, rasgando su cuero, indeble, y Auristela con su pistolón al cinto no acepta elevar el plato, sostener la máquina, seguir llenando las bocas, aceitar la acción de cada acto, armar el esquema que determina el movimiento de la existencia, entre estos cinco mil millones de paredes el enemigo acecha, el sentimiento suelta sus amarras podría pedir aumento de sueldo, cuando acumula deseos cada 15 días y estallaría si no fuera por los regimientos, pelando papas, pelando recuerdos salta la liebre, la luz de atención que señala la falla, podemos trepar hasta cien narices por segundo, sería la nueva consigna, la pureza es nuestra imagen encerando, lustrando el perfil de la casa y hacemos girar la rueda de la noria, cada treinta minutos un circuito completo, encender el fuego, reponer lo gastado, como si alguien viviera dentro de un reloj escuchando nada con los oídos ciegos y ella se fue para siempre, tomó su bicicleta, antes que amaneciera colgando del cordón de la ampolleta.

(sigue)

Donde se produce un matrimonio de conveniencia demostrando que la Ambición rompe el saco haciendo vista Ciega a los Principios, el Honor y el Orgullo que son verdaderos Tesoros que adornan a las Familias Honorables.

El día de la gran ceremonia el dueño de casa ya había contratado un coro de ángeles, todos con cara limpia a tanto el canto, el centímetro de gloria, Schubert, alguien salpicaría agua en los ojos, hay una oportunidad para la emoción como en las batallas, si se pidiera tregua en el colmo de la felicidad y el dolor, había que ensayar cada paso, su hijo mayor severo, trágico, negro y blanco depositario de toda la grandeza y la bajeza del esfuerzo mancomunado de la familia, ya no era cuervo, es cierto, no le importaría rastrear los muertos por las calles, desamparado con una bocina en el oído atento al primer sollozo husmeando la muerte en los últimos rincones del universo. Y entonces esperar que pasara la rastreadora municipal, los ganchos de los funcionarios, tan dignos y melindrosos tratando de bucear el pez mayor, el hombre que se sepultó en las aguas abriéndolas como si en realidad se tratara de cortinas solemnes para iniciar el primer acto y como tenía una combinación ¿aló? la firma comenzó a surgir con cadáveres que aparecían flotando duros y divertidos, el pan nuestro de cada día y cuando las aguas no entregaban nada, había una tristeza secular en la mesa, por eso, hijo, hay que triunfar, nada de meterse a pata pelada en el agua, buscar con desesperación el montón desafiante del hombre que deja un mensaje borroso y tu padre cobrando la utilidad a fin de mes.

Sería un matrimonio de resonancia, casarse con la hija del porcelanero más rico de la región, también un hombre de esfuerzo de 75 años que llegó a la ciudad cuando no había alcantarillado y entonces, como San Francisco de Asís, arrendó un primer carrito y *toc, toc,*

toc, golpeaba con rostro solícito a las puertas, yo soy el mierdero decía con voz natural de barítono agitando una pequeña campanilla en medio de una nube de moscas que debía hacer a un lado para saludar a la concurrencia. A nadie se le había ocurrido un negocio de tanto porvenir en muchas leguas a la redonda, *Tin, tin, tin* partía con su cargamento este hombre sabio y probo, ejemplar padre de familia llenando su tarro con la desesperanza humana, el último residuo de la satisfacción y el crimen, como un santo la imagen de Dios, sin recelo, casi un poeta, un poco burdo, orgulloso de ser útil a la humanidad en medio de las moscas, con cara de oleoducto. A los seis meses de intenso trabajo ya había logrado comprar una segunda carretilla después le pasó la factura a la corporación y no tuvo dificultades, le abrieron un crédito en blanco. Ediles de otras provincias vinieron a observar su trabajo tan prolijo, con su pala milagrosa caminando rumbo al río, al depósito, como un hombre de negocios que va a engrosar su cuenta, como un astronauta de vuelta a la tierra, rotario y práctico, sin codicia, se diría cerrando el gran ciclo ecológico, el tío vivo de las tempestades y las serenidades, el cierre perfecto que nos hace grandiosos y bastardos, congruentes y poco lícitos ya con un caballo principal de tiro, patas peludas, pelo ancho con algo de navío encima llevando su preciosa carga corrupta, el otro lado del origen, maleable como un santo que entrega al templo al crucificarse, digno en su conducta, llamando todas las puertas del sentido común y la cordura con esa sensación del que abre el living después de la gran fiesta y se encuentra con los comensales envueltos en serpentinadas idos, vueltos, todo terminó aunque el long play siga rayando la mañana, los vasos tumbados, el mar fugaz, el enredo de las palabras que nadie descifró en el colmo de la euforia, tanta danza terminando como un chapoteo de agua, las parejas borrosas cayendo escalera abajo, hasta comprarse un segundo caballo percherón, tal vez tarros cada día más anchos, asegurarse la explotación exclusiva de la materia prima, trepar dentro del siste-

ma según las condiciones que impone la hermenéutica de la sociedad de consumo, hasta que de pronto la codicia rompe los cánones establecidos, las leyes del equilibrio y el mierdero recorría los barrios más acomodados sumamente ricos en vitaminas, no le importaba esperar horas enteras para llenar su balde gigantesco, hacer antesala, genuflexiones para aumentar su utilidad. El sistema permite el juego de las grandes empresas, califica las familias de acuerdo con lo que rinden, en ropa que gastan, en axila que vuela, en diente que permanece en pie, en mirada que ausculta el horizonte venidero como si pusieran un hombre a la intemperie y fuera azotado por los vientos y las tempestades y los inviernos continuos y la lluvia sin fin para saber cuanto dura la piel, el horario del tejido, pasando desfile al enjambre de sus súbditos, otros obreros envueltos en las nubes más puntiagudas, rondando, como guardapolvo encima de los clavos de las sobras, llevando su basural al río durable. Cada uno hace su fortuna a su amaño, depende de la oportunidad, nadie imaginaría que el cuerpo humano rinde tanto ahora que está instalando la fábrica de WC en una etapa superior de la ley de la demanda y la oferta y el día de la gran fiesta, cada invitado recibirá un WC de porcelana auténtica, obsequio del padre de la novia, lustroso, químicamente puro, el enorme hueco que ha sido la obsesión de su vida, el abismo que lo convirtió en director de bancos, el hoyo de la bondad en última instancia como lo dijo al pedir sus codiciosos sobregiros donde la existencia olvida sus bajas pasiones, sus instintos más efímeros y da paso a esta industria de 500 chimeneas. El producto exclusivo no permite otras competencias, el pionero exhibe sus antecedentes: los traseros que atendió —incluso domingos y festivos— sin escatimar esfuerzo como dijo la autoridad el día en que fue condecorado por la Cruz Roja: “Mirad la efígie de este prócer, más puro que una sábana, más sabio que el jabón, más incisivo que un detergente” (lee y escribe), “este culero sublime, solícito, que bastaba que usted pegara el grito para que él llegara con su tarrito,

papel higiénico y esa sonrisa que lo llevaría tan lejos en el mundo de los negocios y por eso en esta ceremonia amenizada por la banda del regimiento venimos a destapar el monumento al WC que es lo mismo que decir el monumento a nuestro prócer, la obra cumbre que..." salió de su propia cabeza, este hijo pródigo de la tierra, este rey de las ínfulas, este monarca por excelencia, votad por él cuando lo vean transitar por las calles, los reporteros gráficos fotografiándolo desde todos los ángulos, con su corbata humita al lado de su hija esperando de siete meses, horas antes de asistir a la ceremonia en la iglesia para casarla en forma definitiva.

No en vano estaban ausentes esos ojos cuando se produjo la culminación de la escena: los querubes de oro volando de un lado a otro de la nave, lo mejor de la sociedad dándose cita para ver pasar al caballero perfumado y orondo, sin pala, ni carro, llevando su hija al altar, imbuído en su papel, antes de que el coro iniciara por error la interpretación del "pata-pata" en tono más bajo, en un rito circunspecto donde sobresalían los sombreros de tul y hule, la pajarería muerta entre las frutas muertas de los modelos exclusivos de las damas y luego sus mortajas moradas, el fru fru metálico de los vestidos largos como cucuruchos de maní, pero ampliamente abiertos en los escondes dejando ver esas avenidas rosadas y dobles y los bigotes como hélices, pintados con betún, hasta que se produjo el silencio óptimo y propicio y el cura párroco, vestido de amarillo radiante llamaba a la pareja en medio de las oleadas sucesivas de lágrimas de las tías. El coro crecía con ritmo insolente interpretando la partitura procaz: todo el mundo metido en el baile y el festín de arroz, incienso y mirra con el contador, máquina en mano, sacando las pérdidas y las ganancias de la unión gritando el resultado en voz alta: "Suben las Chorillos", "Bajan las Turulatas", dando a conocer los WC que aportaba la novia y los toros y vaquillonas del infrascrito, agregando, como es de rigor, la autenticidad de los sentimientos pata-pata, entonces el prelado levantó la voz para decir: "Quien entre

los presentes no esté de acuerdo con la celebración de esta boda que levante el dedo y diga ¡Me Opongo!" y desde el fondo de la iglesia emergió el joven galán despechado, pernil en mano, obispos y monaguillos, inundando el templo con ese olor a asado fresco y humoso mientras el rostro de Auristela que permanecía en silencio en un ángulo discreto de la nave fue enfocado una vez más por la cámara de la TV y en forma imperceptible se fue alejando del resto de la concurrencia hasta que sólo quedó en la pantalla esa sonrisa satánica tan propia de ella escuchándose una carcajada que todavía debe durar pese a que hace tiempo que terminó la película.

(sigue)

INDICE

Moralina	11
Entrega N° 1	13
Entrega N° 2	23
Entrega N° 5	31
Entrega N° 7	37
Entrega N° 8	43
Entrega N° 11	49
Entrega N° 15	59
Entrega N° 16	65
Entrega N° 18	71
Entrega N° 19	77
Nota de interés para los lectores	82
Entrega N° 23	83
Entrega N° 27	91
Entrega N° 31	97
Entrega N° 33	103
Diario confidencial del matrimonio	111
Entrega N° 34	113
Entrega N° 39	119

11	Maratón
13	Entrega N° 1
23	Entrega N° 2
31	Entrega N° 3
37	Entrega N° 4
43	Entrega N° 5
49	Entrega N° 6
59	Entrega N° 7
65	Entrega N° 8
71	Entrega N° 9
77	Entrega N° 10
83	Nota de interés para los lectores
83	Entrega N° 11
91	Entrega N° 12
97	Entrega N° 13
103	Entrega N° 14
111	Planis coarctado del continente
113	Entrega N° 15
117	Entrega N° 16

Este volumen de la colección **NARRATIVA LATINOAMERICANA** finalizó de imprimirse en los talleres de Imprenta Letras S. A., La Paz 1825, en julio de 1969.

Comisión del Papel. Edición amparada en el artículo 79 de la ley 13.349.



NL 17

NARRATIVA LATINOAMERICANA

Aunque fundamentalmente poeta, autor de una ópera magna incesantemente anunciada ("El Panorama ante nosotros") ha sido la prosa narrativa de Alfonso Alcalde (El auriga Tristán Cardenilla) la que más presto difundió su jubilosa visión de la vida.

Es un narrador-poeta, desmedido de imaginación, dueño de un fresco humorismo con el que roza la honda dramaticidad de la existencia, perseguidor de las locas vetas que animan a los seres populares. Y al mismo tiempo es un sabio componedor de historias que no ignora las invenciones de la sintaxis narrativa experimental pero sabe ponerla al servicio de un universo de criaturas prójimas y parientes.

Puertas adentro, su primer novela, es un libre ejercicio de estilo paródico, recuperando la olvidada tradición folletinesca de entregas semanales, con sus peripecias rocambolescas, aplicándola ahora a las propias vidas de quienes fueron sus más fervientes lectores.